



LAS PIRÁMIDES DE SATURNO

JOHNNY GARLAND

LAS PIRAMIDES DE SATURNO

COLECCIÓN ESPACIO

LAS PIRAMIDES DE SATURNO

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.

BARCELONA

1963

Núm. De Registro: 5 926-1962

Depósito legal: B. 998 - 1963

Distribuidor exclusivo en la Argentina:
EDICIONES TORAY, S.A., Chorroarín, 1440, bis.
Teléfono 51 – 7372. Buenos Aires.

IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. – Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

Muchas veces nos hemos preguntado dónde está realmente el origen de las cosas, especialmente de aquellas que más asombro nos producen, de las que pueden transformar el curso mismo de la historia.

Y, sin embargo, no siempre ha existido una respuesta. Aunque quizás esa respuesta no haya que buscarla en el futuro, en el mañana de los tiempos, sino en algo mucho más remoto y, por curiosa paradoja, tan desconocido como el ayer de la humanidad.

Sí. Quizá la razón de muchas de las cosas de hoy haya que buscarlas en el remoto pretérito que se perdió en la noche oscura de los tiempos.

Quizá…

PRÓLOGO

EL VIAJERO DE LOS ASTROS

El hipotigre saltó sobre mí.

Tuve la misma sensación del cazador que se ve frente a una pieza codiciada y, al fallarle el disparo de su fusil, ve a ésta convertirse en cazadora, sanguinaria y feroz cazadora, que salta sobre él.

Después de todo, el hipotigre no se diferenciaba mucho de los felinos que todos conocemos. Ni yo del cazador de mi ejemplo.

Porque él, aparte de sus patas, propias de un caballo, un raro caballo zanquilargo y rojizo, poseía un cuerpo perfectamente rayado, felino, en el que, por un capricho de la naturaleza, las rayas formaban una gama azul gris, en vez del amarillo rojizo de los tigres de nuestro mundo.

Sí, de «nuestro mundo». No han entendido mal.

Porque aquél no era nuestro mundo. Yo... «Yo estaba en Saturno».

Saturno...

Ustedes habrán leído algo de él. Es uno de los planetas de nuestro sistema solar. Exactamente el planeta rodeado por un anillo. El más raro y sorprendente de los cuerpos celestes que un ser terrestre puede descubrir cuando escudriña el cielo con su telescopio. Quizás, incluso, el más desconcertante de todos los que danzan el baile fabuloso de los mundos.

Científicamente, los hombres han hablado sobre los anillos de Saturno refiriéndose a ellos como planos y delgados, formando un haz circular en torno al planeta, de una anchura total de sesenta y cinco mil kilómetros. Su espesor, no obstante, es sólo de dieciséis a veinticinco kilómetros.

Se hallan situados encima del ecuador del planeta y están formarlos por partículas, algunas de ellas auténticas motas de polvo. Otras se consideran mucho mayores, como meteoros o asteroides. La teoría más generalizada es la de que el anillo tuvo su remoto origen en el estallido de un satélite, hace quizá millones de años.

Sigue explicando la ciencia de la astronomía que Saturno, según recientes cálculos, tiene unos ciento diez mil kilómetros de diámetro,

de polo a polo. La vuelta de rotación sobre su eje dura aproximadamente diez horas. Su distancia del Sol es de casi mil quinientos millones de kilómetros, y posee nueve satélites[1], entre ellos Titán, mucho mayor que la Luna terrestre. También dicen los científicos que su atmósfera, igual que la de Júpiter y otros mundos, es nociva para el ser humano por su tremenda abundancia en gases venenosos.

Eso es lo que se dice. Lo que se ha dicho. Quizá cuando yo vuelva a la Tierra se digan cosas muy diferentes. Pero no volveré.

No volveré porque me encuentro en un mundo del que no es fácil volver.

El regreso de Saturno, en realidad no existirá jamás. Estoy condenado a quedarme aquí para siempre. Para siempre…

Pero todo eso estaba supeditado a algo fundamental: a seguir viviendo. Y era difícil que uno pudiera continuar vivo después de que el hipotigre saltó…

* * *

No tenía armas cuando el extraño animal saltó sobre mí.

Acababa de perder mi fusil electrónico. Pero de poco podía servirme cuando, después de dos disparos contra aquel cuerpo, mezcla de felino y de caballo, con patas de cuadrúpedo y cuerpo y cabeza de tigre rayado en azul, éste saltó sobre mí, sin parecer afectado por los impactos. Su piel parecía la de un elefante o un rinoceronte. Quizás, incluso, era más dura.

Entonces, cuando el hipotigre saltó, yo traté de eludir el choque fatal. Fracasé. Tropecé en el suelo cristalino de aquel mundo extraño y caí. Perdí el fusil electrónico, que tampoco parecía servirme de mucho.

Y el hipotigre se precipitó sobre mí inevitablemente.

Sentí el impacto de su cuerpo, el choque de sus rudas patas, el jadeo fétido, maloliente, de su boca cuajada de largos, curvados y duros colmillos.

Iba a destruirme, y sólo podía hacer lo que estaba haciendo, debatirme en una desesperada pugna entre las patas del monstruoso animal, mezcla de varios y al parecer con la ferocidad de todos ellos reunida.

Entonces retumbó aquel extraño, largo y sonoro trueno. Un trueno que no era el que uno escucha en una tormenta. Al menos, en una tormenta terrestre.

El animal aulló. Un aullido agudo, horrible, doloroso… Y después, nada.

Me incorporé despacio, en medio del raro silencio que se había formado tras el trueno. No sucedía nada. Absolutamente nada. Ni siquiera el hipotigre se movía.

Después miré a mi alrededor. Nada. Ni un sonido, ni un movimiento de vida.

El hipotigre yacía a mis pies, aplastado por una enorme roca de basalto. Muerto. No podía ser de otra manera. Tenía la felina y fiera cabeza despedazada bajo el peso de la mole tremenda, aplastante.

Era el fin del hipotigre. Y el principio de algo más inquietante, aunque menos violento y directo en su poder amenazador. Yo no podía creer en un milagro.

Y, sin embargo, de la altura de piedra basáltica a cuyo pie me hallaba había caído un fragmento gigante, capaz de abatir al monstruo cuando iniciaba su ataque.

Ya estaba a salvo. Pero, sin embargo, me pregunté si realmente lo estaba… o era el principio de un peligro mucho mayor.

Aquella piedra no podía haber caído por simple coincidencia. Hubiese sido demasiado fantástico. Incluso en Saturno. O, por mejor decir, en aquel gigantesco, pesado y denso aerolito que giraba en torno al cuerpo de Saturno, a su envoltura de gases tóxicos, dentro las fabulosas curvas de sus anillos.

Busqué con ojos inquietos el posible motivo del deslizamiento del fragmento basáltico, sin mucho resultado. Allí no había nada ni nadie. Solamente estaba yo. Yo, perdido por una eternidad en un mundo extraño, desconocido, remoto, adonde había llegado con otros audaces viajeros del espacio… pero en el que ahora me hallaba solo. Sin compañeros, sin nadie con quien hablar. Sin nave para volver, ni medios para comunicar mi existencia a la Tierra, para que me enviasen una nave. Lo cual, por otro lado, nada hubiera resuelto. El viaje Tierra-Saturno, aun con todos los adelantos asombrosos de la mecánica espacial y de sus sistemas de propulsión, llevaba años. Varios años, los mismos que mis compañeros y yo habíamos llevado a bordo del «Cenith». Y ahora el «Cenith» no existía. Ni ellos tampoco.

Solamente existía yo.

Y aun eso porque un fragmento de basalto había caído providencialmente sobre el extraño, mítico hipotigre de aquel fragmento anular de Saturno, aquel pequeño mundo, asteroide, satélite o lo que quisiera llamársele, parte de los anillos legendarios del remoto planeta, y formado indudablemente por una estructura de minerales densos, pesadísimos, que justificaban su gran poder gravitatorio con tan pequeña masa.

El hipotigre no volvería a significar un peligro. Pero yo no podía sustraerme a una idea fija: «algo» o «alguien» había lanzado aquella

roca salvadora sobre el raro animal.

¿Algo? ¿O era... alguien?

Me estremecí; No soy demasiado impresionable. Tampoco vivía en una época en que uno pudiera seguir imaginando, por ejemplo, a marcianos de extremidades tentaculares y cabeza de rana, pongo por caso. Los viajes espaciales eran algo rutinario. Al menos, con destino a la Luna, a Marte, a Venus...

Esto era distinto. Saturno era un mundo lejano.

Muy lejano, incluso para mi época y mis contemporáneos. Pero había llegado allí. Y si en Marte y Venus no hubo habitantes inteligentes, ¿por qué habían de existir en Saturno?

Cierto que Marte ofrecía huellas evidentes de haber tenido tales gentes sobre su faz. Ciudades en ruinas, rutas bien trazadas, restos de seres parecidos al hombre... Pero eso era todo, Marte vivía su agonía como planeta. Venus era un planeta Tierra en su era mesozoica, o cosa parecida.

—Y Saturno... ¿Qué podía ser Saturno, tras aquel denso velo de nubes plomizas, reptantes, enroscadas como sierpes alucinantes de vapor, ocultando la superficie del planeta a ojos como los míos, privilegiadamente cercanos?

No quise pensar que allí hubiera otros seres más inteligentes que el hipotigre. Quizá porque los hombres somos una raza agresiva, violenta y cruel, no queremos imaginar que los seres de otro mundo puedan ser más perfectos, e insistimos en representarlos como agresores, invasores y monstruos feroces. En realidad, trasladamos a ellos un poco nuestra propia imagen. Y nos quedamos tan contentos.

Me moví con calma, bajo la muralla natural de basalto. Aquel suelo que pisaba, terso y duro, cristalino y azulado, podía muy bien ser de diamante. La idea resultaba cómica, pasmosa. Pero si el asteroide del anillo de Saturno era un cuerpo dotado de minerales duros y pesados, eso carecería de importancia entonces. Podía ser un ingente, colosal diamante, girando en torno al planeta anillado. Y yo un terrestre que pisaba la fortuna más asombrosa de todos los tiempos, la forma diamantífera más gigantesca e insospechada de todos los tiempos. Pero confieso que la idea me dejó frío. Si era diamante puro, me tenía sin cuidada. Nunca he sido ambicioso. Y, además, el hecho de que pudiera serlo, no me ayudaría en nada. Un ser humano se puede morir de hambre en un desierto de simple arena igual que caminando sobre millas y millas alfombradas de monedas de oro.

Ése era mi caso. Podía morir de hambre, de sed, de agotamiento, extenuado sobre un suelo que, en la Tierra, significaría millones y millones por cada centímetro de extensión.

El Sol era distante allí. Muy distante, si uno se acordaba del Sol, tal como se veía desde la Tierra. Triste y frío, me recordaba los paisajes polares en pleno invierno. No es que tuviera frío. Mi traje de vitroplast hermético, con acondicionamiento térmico interno, mis guantes y mi caperuza de plástico flexible, ligero y transparente, cerrada sobre el cuello, me impedían sentir el ambiente exterior, por crudo que fuese. Y debía de ser muy crudo, quizá por bajo de los noventa grados bajo cero.

A pesar de ello, no había hielos allí. Y vivían animales como el hipotigre. Un raro mundo aquél. Si no había hielo, no existía el agua; Eso justificaría la ausencia de nubes en su diáfano, frígido cielo. Y la sequedad cortante, árida, del aire respirabas era pobre en humedad.

Rodeé el muro de basalto sin encontrar a nadie. Me sorprendía su forma casi geométrica, sus paredes lisas, llanas, sin irregularidades. Era una obra demasiado perfecta para haber sido lograda por la naturaleza.

La base del promontorio parecía perfectamente cuadrada. Sus muros estaban inclinados hacía la cúspide. Inclinados como... como...

Creo que volví a estremecerme. Alejé la idea de mí por absurda. No, eso no era posible. ¿Por qué había de serlo? La naturaleza no crea formas geométricas perfectas. Tendría que ser... que ser cosa del hombre. O de «alguien» muy parecido al hombre.

Porque un cuerpo con la base cuadrada, de caras inclinadas hacia su cúspide, de forma trapezoidal, todo ello geométricamente correcto... dan por resultado «una pirámide truncada».

¿Podía crear la propia naturaleza tal maravilla? ¿Era posible una regularidad así en algo modelado por el tiempo, la casualidad y el azar natural?

Mi mente rechazó la idea. No, no era posible. Aquello... aquello era obra de seres inteligentes.

Habían pretendido realizar una forma determinada. Y algo les impidió terminar. Esa. forma concreta no podía ser otra que... que una pirámide.

* * *

¡Una pirámide!

Para un hombre como yo, esa palabra resulta especialmente significativa. Y llena de extrañas, ancestrales, casi imposibles evocaciones, perdidas en la noche de los tiempos remotos, en el pasado de la humanidad, en los albores mismos de las grandes civilizaciones de la historia de nuestro mundo.

Porque yo... «Yo soy egipcio».

Aun en nuestro siglo XXI existen las pirámides de mi tierra. La presa de Assuán sepultó muchas grandes obras del pasado de mi pueblo, en las aguas que dieron vida y nueva grandeza a mi patria. Pero las pirámides quedaron allí, en Gizeh, como prueba inmutable, eterna, del valor eterno de un pueblo excepcional.

Pero en Saturno... En Saturno no podía haber pirámides. Era absurdo, increíble. Los monumentos funerarios de un pueblo que desapareció en la oscuridad del pasado no podían hallarse de nuevo en un planeta que distaba millones y millones de millas de nuestro planeta. No podía ser, en modo alguno podía ser...

Sentía correr el sudor por mi rostro. Me temblaban las manos, las rodillas. Porque yo sabía que aquello que no podía ser... era. Sí, era tal cómo lo veía.

Y eso confirmaba una teoría asombrosa. Una verdad increíble, que nadie admitiría jamás como cierta.

Justamente lo que yo había venido a buscar a Saturno.

Me aparté de la pirámide, de cuya truncada cima cuadricular había caído el milagroso fragmento de basalto. Retrocedí de espaldas, casi con miedo. Miedo de mí mismo, de mis ideas, de lo que estaba sospechando.

No advertí el borde del suelo. No recordé siquiera que me hallaba en una zona elevada. Y perdí pie. Grité, pero mi voz debió de perderse dentro de la bolsa plástica de mi caperuza, porque amortiguaba los sonidos.

Caí dando tumbos por un suelo duro, diamantino, en el que el cuerpo golpeaba dolorosamente, aunque pesara algo menos que en la Tierra. No mucho menos, en relación a su diferencia de volumen.

Era una pendiente suave y eso evitó males mayores. Con un último vuelco llegué al pie de la elevación. Me incorporé y miré en torno mío.

Y entonces sí que sentí asombro, incredulidad. Casi terror.

Terror del pasado, de lo ignoto, de lo sobrenatural e imprevisible.

Porque allí, en la distancia, recortándose contra el negro violáceo del cielo de aquel asteroide, satélite de Saturno y parte de uno de sus anillos de cuerpos celestes, vi las gigantescas, nítidas, agudas formas de unos cuerpos cristalinos, geométricos, perfectos, formando una rara y regular dentadura en el horizonte.

¡Pirámides! Docenas de pirámides fabulosamente bellas, cristalinas, límpidas, casi azules. Una auténtica ciudad de pirámides. Una obra que no era posible atribuir a la casualidad ni a la naturaleza. Una obra artística, geométrica, perfectamente estructurada. La obra de unos seres, de una civilización, de una fe.

Pirámides...

Me sentí terriblemente aturdido. Vencido por mis propios pensamientos, que giraban en un tropel vertiginoso, como una vorágine mental absorbente y aterradora.

— Era verdad... — susurré —. Era verdad...

Y entonces una voz habló. Una voz que sonó detrás de mí:

— Sí. Era verdad, hombre... Y tú has venido porque tenía que ser así.

Una voz humana. O lo parecía.

Estremecido, tenso, sabiendo que me enfrentaba al mayor y más inaudito enigma de todos los tiempos, me volví.

Me volví, sin pensar siquiera en lo que estaba sucediendo. Sin pensar en mí. Ni en aquel «alguien» situado a mi espalda.

En realidad, mis pensamientos habían volado muy lejos. A un lugar en el tiempo adonde sólo era posible volar con las alas de la imaginación y de la fantasía.

Lejos, muy lejos estaba yo de allí cuando me volví. Lejos de Saturno, lejos del siglo XXI.

Sí. Cuando me volví y vi a quien había hablado, yo pensaba en otros seres, en otro momento de la humanidad. En un momento miles de años atrás.

Miles y miles de años…



PRIMERA PARTE

«No está en el relato de la historia…»

CAPÍTULO PRIMERO



O he logrado, —dijo sencillamente Zoxor.

Lota lo miró estupefacta.

—No. No es posible, padre — habló ella con voz trémula.

—Sí, Lota. Es una realidad, lo tengo.

Ella tembló. Dudó todavía antes de creer a su padre. Y no porque

él hubiera mentido antes jamás. Pero era demasiado increíble. Demasiado enorme aquello para que Zoxor se hubiera expresado así. Tan sencilla, tan simplemente. Casi con demasiada simplicidad.

— Pero... Pero, padre... ¿Lo tienes «todo»? ¿Todo está logrado?

— Sí. — Zoxor se pasó la mano, larga y bronceada, por la boca de labios delgados, por la mandíbula alargada, de suave trazo, como su barbilla—. Todo... Eso es lo que me asusta, Lota. Yo jamás tuve miedo. Ahora... ahora creo que es diferente.

— Todo va a ser diferente ahora, padre, Para nosotros, para nuestra época, para Egipto...

— Calla. — Zoxor miró en torno, inquieto. Escudriñó las paredes pardas, lisas, toscas. Las ventanas bien cerradas y atrancadas, bajo la luz de las lámparas de aceite perfumado—. Calla, Lota. No hables, no comentes nada. No levantes la voz. Sería como pronunciar una sentencia de muerte.

— Pero, padre... ¿Por qué?

— Tú lo sabes bien. Los sacerdotes de Amón, de Isis, de Osiris, de Anubis... El propio faraón... Me matarían si supieran... esto. Y a ti. Y a todos los que conocieran la verdad.

— No pueden ser tan bárbaros — gimió Lota —. Esto es algo tan grande... Algo que puede alterarlo todo. Dar una fisonomía nueva y diferente al mundo...

—Es lo que temo, Lota. Y lo que teme él faraón. ¿Será realmente bueno cambiar la faz del mundo? Nuestro mundo termina en Egipto. El Nilo, Tebas y Menfis, forman nuestro mundo. Con él, Luxor, la gran Necrópolis de Gizeh... El desierto, los cultivos, los templos, el poder de los reyes de Egipto... Esto es el mundo ahora. La nuevo energía puede alterarlo todo.

— La nueva energía...—repitió lentamente Lota, avanzando por la sala, bajo la vacilante luz de las llamas aromáticas—. La Nueva Energía, padre... Suena a fantástico, a superior. Algo que hace palidecer la luz misma de Seti I, su trono de oro y su cetro de rey de todo el Egipto. La Nueva Energía... ¿Qué es, exactamente, padre?

— No lo sé. — Zoxor se pasó de nuevo la mano por la boca. Sentía secos sus labios, y la piel húmeda de sudor. Se estremeció, entornó los ojos, oscuros y soñadores —. Es algo que está por encima de mí, por encima de mi mente misma, aunque yo lo haya hallado y haya conseguido darle forma. Es... es como el soplo mismo de Dios. Un viento sobrenatural, rozándole a uno hasta darle frío. La Nueva Energía puede ser un día la razón que mueva al mundo... o a los mundos.

— ¿Los... mundos?

— Sí, Lota. Esos otros que están más allá de nuestro alcance. — Se acercó a una ventana, la abrió y señaló a la radiante luz de los astros, que salpicaban la negrura azulada de la noche egipcia—. El universo que nuestros astrónomos han definido y estudiado… Ese mar de vacío y de estrellas, frente al cual nadie es nada. Ni siquiera el faraón o sus consejeros. Sólo Amón-Ra, gobernando esa inmensidad, rigiendo nuestros destinos, señalándonos lo que hemos de hacer, Lota…

— Amón-Ra… Dios único y verdadero, señor y creador del tiempo y del espacio — recitó febrilmente Lota inclinando su hermosa cabeza, de negra y larga cabellera.. Ella era bella, sencilla y real. Su cabello era auténtico, plebeyo y hermoso. No el falso pelo coloreado de las bellas aristócratas, de las damas de la corte faraónica, rapadas y cubiertas por radiantes pelucas. Lota no era de aquella clase. Lota vivía en la oscuridad servil y callada de los que sufrían, desde Menfis a Tebas, desde Luxor a Sakkara--. ¡Oh padre!, ¿tenemos realmente derecho a aspirar a tanto? La… la Nueva Energía, ¿no será algo demasiado grande, de lo que los hombres no serán capaces de obtener el mejor y más justo de los resultados?

—Hemos de correr ese riesgo, hija mía — suspiró Zoxor—. Yo he sido capaz de alcanzar algo en lo que nadie creería. Y ese algo está aquí, muy cerca de nosotros. Quiera Amón que siga estándolo… y que la guardia del faraón no sospeche.

Se inclinó, mirando hacia el suelo que pisaba. Lota también miró hacia allá, con expresión inquieta. Sabía lo que su padre quería decir. Los negros ojos de la egipcia se deslizaron por el exterior. Arena, un oasis salpicado de palmeras y vegetación. Más lejos, edificaciones de típica estructura egipcia. Todo parecía dormir bajo el cielo de la noche. Una noche que, milenios después, seguiría siendo increíblemente igual, como algo inmutable y eterno, que estaba por encima mismo del tiempo.

Y allá afuera, en el Egipto que dormía, bajo el dorado signo de la serpiente faraónica, nadie podía imaginar, nadie era capaz de sospechar.

El progreso, la civilización de aquel pueblo y aquel país eran muy grandes. La astronomía, el estudio de la Tierra y de los mundos lejanos, había llegado a cimas insospechadas. Las propias pirámides, obra de pasadas dinastías, eran prueba tangible, fehaciente. Un legado a la posteridad del genio de los sabios egipcios, que en sus medidas, volumen y dimensiones quisieron dejar constancia de cuanto sabían. Porque en aquellas estructuras geométricas, destinadas a cámaras funerarias y panteones de los faraones muertos, quedaba como una herencia de saber y de cultura. Sus medidas, sus dimensiones, podían

ser la representación de medidas y dimensiones espaciales. Distancias que el hombre quizá, en el porvenir, tardase siglos en descubrir, estaban ya escritas sin cifras en el pétreo libro de las pirámides.

Sí, ellos sabían mucho. Habían llegado a lo que parecía máximo nivel de cultura y de civilización. Pero solamente lo parecía. Zoxor sabía eso. Y lo sabía Lota, su hija. Porque allí, bajo sus plantas, en el sótano de la humilde vivienda, estaba la prueba. La evidencia de que todo aquel esplendor era solamente el principio. Y quizá el final.

Porque un mayor progreso hubiera podido significar el despertar del pueblo dormido, el afán y la ambición de los que ahora se resignaban a una vida de esclavitud y sometimiento a los «hijos predilectos de los dioses». Aquella Nueva Energía sería demasiado peligrosa. Especialmente, para el faraón. Fuese Seti I o fuese otro.

Y así, la Nueva Energía tendría que seguir siendo un secreto. Era forzoso que así fuese hasta el momento en que el éxito fuera algo seguro, no problemático e incierto. Zoxor quería esperar. Lota también.

—Padre, deseo que todo salga bien. Y que Egipto, conozca la auténtica grandeza. No la de los faraones y sacerdotes de los templos, sino la de los auténticos hombres libres, aquéllos que sean dueños de sus destinos, en una vida más perfecta — habló lentamente Lola—. Sólo así valdrá la pena haber luchado por esa Nueva Energía.

—Tiene que salir bien. Para nosotros, o para nuestros hijos. O para los hijos de nuestros hijos, Lota.

—-Si fuera así... Pero tú sabes que éstos no son momentos apropiados para hacer público el descubrimiento. La gente pasa hambre, hay descontento. El faraón exige tributos, obediencia ciega. Y castiga con la muerte a los rebeldes, y con el corte de la lengua a quienes murmuran o protestan. Si nos descubrieran ahora...

— Sea lo que Amón quiera, mi querida Lota— suspiró Zoxor. Miró a su hija, con expresión preocupada —. El otro día te vi hablar en los huertos con ese oficial de la guardia real.

— ¿El capitán Tanak? — ella sonrió—. Sí, padre, hablaba con él. Es un joven inteligente y noble.

— Es un oficial del faraón, hija. Es peligroso, por tanto. No permitas que venga a menudo, por agradable que te resulte su compañía.

— Sé el peligro que corremos, padre. Pero. Tanak es diferente a los demás oficiales y soldados de la guardia real. Se preocupa por la ciencia, sabe leer, escribe papiros extensos, se cuida de saber siempre algo más. Te admira, padre, como a un sabio que eres.

— Posiblemente ése sea su carácter, su humano impulso. Pero existe algo que está por encima de todo ello: la ley de obediencia, la

sumisión a su rey. Si le ordenasen decapitarnos, lo haría. Aunque se le destrozara el corazón por ello. No, Lota, hija mía. No podemos fiarnos de nadie. Ni siquiera de tu apuesto y noble capitán Tanak.

Lota parecía disgustada, dolorida. Volvió el hermoso rostro broncíneo hacia su padre.

— ¿Y tú hablas así, padre? ¿Tú, que confías ciegamente en alguien?

— No te comprendo, Lota.

— Sabes lo que quiero decir. Salhé, tu ayudante. Tu hombre de confianza. Sabe tanto como tú del invento, de los trabajos... Y mucho más que yo, desde luego.

— Pero, Lota, Salhé es noble, inteligente, inquieto. Lucha, como yo, por un Egipto mejor.

— Salhé lucha por un Salhé mejor, no por Egipto. Si el faraón ha de caer para hacerse él poderoso y rico, luchará porqué caiga. Pero si la riqueza le llegase vendiendo a su propia madre, la vendería sin dudar.

— Eres injusta con Salhé — suspiró Zoxor, abatido—. Y haces mal. Él te aprecia...

— Él me desea, padre. Lo cual es muy distinto.

— Lota...

— No me gusta su mirada. No me gusta su pretendida lealtad y devoción hacia ti. No es noble, padre. Salhé nos traicionará algún día, ya verás.

— Hija mía, te equivocas terriblemente. Salhé es fiel es bueno. Puedo confiar en él como en mí mismo. Y, sin su ayuda, jamás la Nueva Energía hubiese podido existir. Es el más inteligente químico y físico y de todo Egipto. Y, por supuesto, es igual que si fuese un hermano o un hijo mío. Tengo fe ciega en él y sé que Salhé jamás me defraudará. ¡Jamás!

* * *

— ... Y esto es lo que sucede, gran sacerdote Raht. Eso es lo que el sabio Zoxor ha descubierto con mi ayuda. Su propósito es hundir al faraón, destruir vuestras doctrinas, aniquilaros a todos. Y erigirse él en suprema autoridad científica y política de todo Egipto.

— ¿Hablaste verdad, Salhé?

— Hablé verdad, gran sacerdote Raht. Y la Nueva Energía os aniquilará. A todos.

El sacerdote del templo de Luxor, se estremeció. Su faz larga, huesuda, de afilados rasgos y negros ojos, profundos como la noche y

como los misterios del Libro de la Muerte, pareció endurecerse, hacerse de piedra maciza, a la luz vacilante de los pebeteros encendidos, oscilantes y fantasmales, que brillaban bajo las altas bóvedas donde Osiris en grabados y bajorrelieves de extraños ocres y dorados, presidía la procesión de las almas hacia la eternidad.

— Entiendo, Salhé — dijo roncamente, mientras el joven Salhé le contemplaba con una luz llameante en sus pupilas rasgadas y frías —. Y tú ¿qué ganas con esto?

— La fortuna — recitó el ayudante de Zoxor.

—-¿Qué fortuna?

— La que vais a darme. Tú y los leales al faraón. Os diré cómo apoderaros de la Energía. Y cómo destruir a Zoxor. Pero ¡cuidado! Habrá de hacerse todo tal como yo lo diga. O Zoxor apelaría a la utilización de su Energía… y nadie podría vencerle entonces.

—¿Tan poderosa es?

— Más de lo que puedes imaginar. Más de lo que nadie imaginó jamás, Raht. Es una fuerza capaz de conmover al mundo, de cambiar el destino de la humanidad. Y Egipto mismo es algo pequeño e insignificante, con todos sus ejércitos y armas en línea contra la Nueva Energía hallada por Zoxor. Por eso me necesitáis. O vuestra fuerza fracasaría al enfrentarse a la del humilde y sencillo Zoxor.

— Casi me preocupas — habló, sonriente, el sacerdote—. Nunca creí que llegara a sentir temor hacia un hombre como Zoxor.

— Pues harás bien en tenerlo, gran sacerdote Raht — dijo Salhé—. El que teme es prudente. Y hará falta serlo para vencer a Zoxor y arrebatarle su poderío.

— ¿Tú no pudiste hacerlo por ti mismo?

— No. Él vigila su hallazgo. Incluso de mí sospecharía. Si insistiera en acercarme y manipularlo. Es mejor obrar de otro modo.

— Espera — cortó el sacerdote—. Tú eres el que entiende de la ciencia de Zoxor. Yo, de la forma de actuar para dominar a los rebeldes y a los enemigos del faraón, Ambos de acuerdo, lograremos nuestro objeto. Espera aquí.

— ¿Adónde vas?

— A avisar a la guardia real. El capitán Tanak se cuidará del arresto, para entregar a los presos al general Amenhop. Y nosotros nos cuidaremos de destruir, de una vez para siempre, la Nueva Energía. O de utilizarla en nuestro beneficio.

CAPÍTULO II



L anciano Zoxor abrió el tubo purpúreo. Lo volcó ligera, cuidadosamente.

La cápsula cilíndrica, envuelta en un tenue tejido dorado, cayó sobre el plato metálico. Los ojos del sabio contemplaron la forma cilíndrica, aurífera.

La manipuló con lentitud, con movimientos casi perezosos. Alzó el plato con la cápsula y lo depositó en el interior de una especie de horno de piedra, cuya puerta cerró. La materia de que se componía esa puerta era vidriosa, translúcida. A través de ella, Zoxor podía ver como el cilindro giraba en un plato de movimiento continuado.

Lentamente, la luz interior del horno comenzó a aumentar. Se hizo intensa, primero cárdena, luego rojiza, por fin azul, de un azul intenso, cegador, hiriente.

Zoxor contuvo la respiración, a medida que la luz aumentaba en intensidad, apagando con su resplandor extraño la fuerza misma de las lámparas de aceite, de las antorchas y las luces de su época.

Sobre el horno reposaba un pesado bloque cubicular de piedra basáltica. Ningún hombre, por forzudo que hubiera sido, hubiese podido mover aquella masa.

Sin embargo, sucedió algo inesperado. Cuando Zoxor oprimió un resorte del horno, se oyó un zumbido extraño, silbante. Se abrió algo así como una válvula de escape para la luz azul del interior, que emergió ahora de cuatro orificios abiertos en la superficie superior del horno, en la base misma de la piedra de basalto.

Y ésta, como una pluma, comenzó a elevarse, a subir hacia el techo, lenta e ingrávidamente. Sujeta por la nada, movida, al parecer, por aquellos delgados rayos de luz azul que la iban alzando, sosteniendo, en un prodigio sin precedentes.

Pero la maravilla no se detuvo allí; continuó durante unos segundos. La piedra subió más y más, alcanzó la bóveda del sótano. Ella misma parecía brillar con luz azul, la reflejaba y daba la sensación de emitirla, de estar impregnada de ella.

Cuando la piedra llegó a tocar el techo, Zoxor accionó de nuevo el resorte del horno. Se fueron cerrando los orificios de salida de la luz azul. Y la piedra, lentamente, comenzó de nuevo a descender y se posó

muy despacio sobre el horno.

En el interior del horno, la luz azul comenzó a extinguirse. Zoxor abrió la puerta. Introdujo la mano. Tenía el rostro bañado en sudor, los ojos brillantes y dilatados. Extrajo el cilindro aurífero. No emitía calor, no dañaba su mano, a pesar de que parecía totalmente incandescente.

— Es un prodigio...—susurró—. Lo más grande que el hombre ha encontrado...

— Sí, es un prodigio. Ahora, trata de usarlo en tu beneficio, Zoxor. O no te servirá de nada.

Zoxor se volvió, con una exclamación violenta en los labios. Miró al hombre que en lo alto de la escalera que descendía hada el subterráneo, le contemplaba fijamente.

— ¡Capitán Tanak!— gritó, palideciendo—. ¡Tú...!

Tanak dio unos pasos más, bajó nuevos escalones, con la mano diestra apoyada en su espalda, centelleando en su casco el emblema dorado del faraón. Su arrogante figura, con el tocado de la guardia real egipcia, resaltaba, hermosa y dominadora, en aquel sótano, secreto santuario de los trabajos de Zoxor.

— Da gracias de que soy yo, Zoxor — habló Tanak lentamente —. ¿Y tu hija Lota?

— Ella trabaja en los cultivos— Zoxor tragó saliva—. Yo... yo experimentaba... Cosas sin importancia, como verás...

— Yo he visto algo muy diferente — replicó Tarnak—. Pero ya te dije que dieras gracias. No vengo a prenderte ni a denunciar eso al faraón.

— Entonces, ¿a qué vienes? ¿Por qué has entrado en mi casa, en mi taller, sin ser advertido?

— He venido a avisarte. La guardia vendrá dentro de poco a arrestaros a ti y a Lota. Destruirá todo esto y se llevará ese hallazgo tuyo, esa energía, fuerza o magia, para ofrecérsela al faraón, en nombre del gran sacerdote Raht, que es quien ha denunciado tus hechicerías, contrarias a la voluntad de Seti I.

— Es falso. No existen brujerías ni magia. Sólo existen dos prodigios en el mundo: Dios y la ciencia. Yo me baso en una, y creo en Él. Ésa es mi magia, Tanak. Pero tú no lo entenderías. Llévame preso, si lo deseas. Destruye esto. No tengo defensa contra, ti. Eres joven y fuerte. Tienes armas, poder. ¿Qué puedo hacer yo, un anciano débil y cansado?

— No estoy aquí para eso, Zoxor. Vete. Toma a Lota contigo, toma esa materia maravillosa que has descubierto. Egipto no es lugar para ti.

— Si Egipto, el lugar más civilizado y poderoso de la Tierra, no es lugar para mí, ¿cuál lo será? No habrá rincón en el mundo capaz de acogerme, Tanak.

— No sé. No es cosa mía, Zoxor. Pero si en el mundo no encuentras lugar... trata de imitar a esa piedra. Vuela, y busca en las estrellas tu lugar... si eso es posible. — Tanak se encogió de hombros e inclinó su rostro, de grave expresión—. Y ahora, en serio: huid. Debo volver a mi cuartel y traer conmigo a la guardia. La orden es concreta. Debo arrestaros... o mataros.

— Dios mío... — Zoxor inclinó la cabeza, confuso y pálido—. Lota... Salhé... yo... Todos hemos de morir.

—No, todos no. Salhé no morirá.

— ¿Por qué no? ¿Cómo puedes saber eso?

Porque sé quién te denunció, Zoxor. Fue él.

— ¡Imposible!

— Puedo jurarlo. Sé que fue Salhé, tu ayudante.

— ¡Oh, no! ¡No puedo creerlo, Tanak! Me engañas...

— No tendría razón para ello —negó Tanak, gravemente—. Hazte a la idea, Zoxor. Has confiado ciegamente en ese hombre. Y él te ha faltado a la confianza. Debe aspirar a más. Y es un buen medio servir a los sacerdotes y al faraón.

— Salhé... Mi leal, mi abnegado Salhé... — contempló a Táñak larga, gravemente—. Y tú, ¿por qué me ofreces la oportunidad de huir? Si el faraón lo supiera... te cortaría la cabeza.

— Ya lo sé — Tanak inclinó la frente, con un suspiro—. No me asusta la idea dé perder la cabeza. He venido afrontando ese riesgo.

— ¿Por qué?

— No preguntes, Zoxor. Y huid. Huid, antes de que sea demasiado tarde.

— Tanak, es... ¿es por Lota?

— Puede que sea por ella. No quiero veros morir, eso es todo. ¿Tienes un medio de escapar, antes de que yo me reúna con mi guardia y vuelva para daros caza?

— No sé... — Zoxor se frotó las sienes, nervioso, trémulo—. No puedo saberlo, Tanak. Es... es todo tan confuso ahora, tan sorprendente... Podemos huir, claro está. Pero ¿llegaremos muy lejos? ¿Adonde, nos dejarán huir vuestros soldados, vuestros mastines, vuestros espías?

— Sé lo que quieres decir. No llegaréis demasiado lejos, eso es cierto. Pero tú, un hombre, que has sido capaz de hallar una nueva forma de energía, de fuerza, de poder... ¿no eres capaz de utilizarla en tu servicio, de hacer con ella algo útil en tu favor... y, sobre todo, en el

de tu hija?

— Mi hija... —Zoxor tragó saliva. Estaba muy pálido. Y en pocos momentos, parecía haber envejecido veinte años—. Sí, Tanak. Tienes razón. Mi hija…

Tengo que hacer algo. Pero no va a ser fácil. Ni cosa de poco tiempo. Necesito algunas horas, Tanak. Tiempo, tiempo suficiente para hallar la forma de aplicar la energía, toda la que poseo acumulada, en darle una escapatoria,..

— No puedo darte mucho tiempo, o todo se descubrirá, y sería peor para todos. Pongamos que dispones de un máximo de diez horas. Es todo el tiempo que llevará recorrer la región en busca tuya, distraer a mis soldados el tiempo suficiente. Nada más que diez horas. ¿Será suficiente?

— Creo que sí. No me sobrará tiempo. Pero espero que sea suficiente.

— Yo también, Zoxor. Suerte. Y si no volviéramos a vernos... suerte en el futuro. Y dile a Lota que hice cuanto me fue posible. No cabe más...

— Lo sé. Perdona si alguna vez te juzgué mal. Veo que eres un gran hombre. Uno de los pocos que en este Egipto nuestro sabe distinguir entre la justicia y el odio, entre la civilización y la tiranía cuajada de oropeles. No basta con levantar pirámides para buscar a Dios, para apuntar a su reino, en un esfuerzo por remontarse más allá de la Tierra. Es necesario tener fe. Y amor. Y bondad. Ésa es la mejor pirámide de todas. Pero Seti ni siquiera será capaz de alzar una pirámide para su cuerpo. Prefiere el interior de la tierra, la profundidad cercana al infierno. Él prefiere el Valle de los Reyes, la piedra calcinada, a muchos metros de profundidad.

Tanak no dijo nada. Respiró con fuerza, dio media vuelta y alejóse escaleras arriba. Y ya en la puerta, se detuvo en seco, al verse apuntado con una 1anza al pecho.

— ¡Quieto ahí, soldado! — ordenó una voz dura, tajante—. Quieto... o morirás.

Tanak obedeció. Miró fríamente al joven de pelo negrísimo, de ojos oscuros, de tez bronceada por mil soles, de manos recias, callosas, habituadas a trabajar la tierra y la arcilla.

— ¡Tanak! — dijo alguien, tras el joven moreno —. ¡Es Tanak! ¡No le hagas nada, Anaret!

Anaret vaciló. Sus ojos centelleaban con odio, fijos en Tanak, el militar de resplandeciente uniforme e insignias reales. La tosca lanza se apretó un poco más contra la malla metálica del pecho de Tanak.

— Anaret, no... — suplicó la misma voz—. No lo hagas...

Tanak miró a la figura que asomaba tras de Anaret. Le sonrió dulcemente.

— Gracias, Lota — murmuró, con voz suave —. Aun viniendo a arrestar a tu padre, ¿me harías igual favor?

— ¡Perro! — jadeó Anaret —. ¿Ves a lo que ha venido, Lota? ¡Ha de morir...!

— ¡No, espera! — gimió Lota. Avanzó y sujetó con su mano la lanza, antes de que traspasara a Tanak —. A pesar de eso... debe marcharse sano y salvo. No somos asesinos, Anaret.

—¡Pero ellos sí! ¡Son asesinos, como lo es el propio faraón, como lo son sus leales!

— Reciben órdenes — intercedió Lota —. Eso es todo, Anaret...

— Sí, eso es todo — habló suavemente Zoxor, desde abajo. Alzó sus manos solamente—. Déjalo marchar, Anaret. Lota tiene razón. Ellos reciben órdenes. Pero, a veces, también tienen conciencia. Como Tanak que, en vez de venir a arrestarme, en vez de cortar mi cuello sin más explicaciones, y ser recompensado generosamente por el faraón... prefiere darme tiempo. Un margen de varias horas para intentar la fuga. Sí, Anaret. Estamos en peligro. El faraón, los sacerdotes, han ordenado nuestra captura o nuestra muerte. Tanak ha acudido a salvamos. Y Salhé es el culpable, el delator.

— ¡No!—gritó roncamente Anaret, abriendo mucho los ojos.

— Sí, amigo mío. Él ha sido — Zoxor, abatido, inclinó su canosa cabeza —. Es doloroso y triste. Sobre todo para mí, que confié tanto en él. Lota tenía razón. Nos delató.

— ¡Canalla!

— No resolverás nada enfureciéndote. Salhé no ha venido hoy. No volverá, porque ahora tiene miedo, Miedo a su conciencia, a ser desenmascarado.

— ¿Y qué haremos?

— No sé. Intentar huir, Anaret. Tú no necesitas acompañarnos. No te buscan a ti, sino a Lota y a mí Tú sólo eres un buen vecino, un amigo, un humilde agricultor...

— Yo amo a Lota — dijo Anaret lentamente—. Iré adonde ella vaya. Y la defenderé hasta que esté a salvo.

Lota miraba fijamente a Tanak. Éste apretó lo labios. Zoxor miró a unos y otros.

— No hables así, Anaret — pidió —. Sé que la quieres; todos queremos a Lota. Pero Tanak es su elegido. Yo le detesté siempre. Hoy he visto lo noble que es. No le pidas amor a Lota, porque Tanak 1a ama, es amado... y también merece serlo,

— Entiendo— Anaret bajó su lanza. Miró largamente a Tanak —. No te odio, Tanak. Porque ames a Lota, no puedo odiarte. Pero tampoco cederé nunca en mi propio amor. Te respeto y te admiro, porque antepones tu lealtad a ese amor, por encima de tu deber militar. Gracias, Tanak, en nombre de ellos. Pero si ella se va… posiblemente nunca volverás a verla.

— Lo sé. Y no me importa. Prefiero sufrir la soledad de ese distanciamiento… a verla en peligro — sonrió Tanak—. ¿Tú no, Anaret?

— Sí — declaró Anaret despacio, bajando su lanza—. Ve en paz, Tanak. Y que Amón sea contigo.

— Él sea con vosotros; vais a necesitarlo—pasó junto a Lota. Sus miradas se cruzaron. Intensas, largas, vibrantes—, Adiós, Lota…

— Tanak… Adiós… — de sus pupilas rodaron irisadas lágrimas.

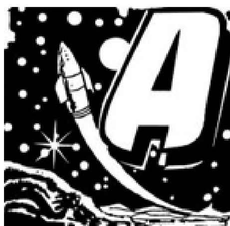
Él se perdió en la oscuridad exterior. Los helechos cercanos al río crujieron al dejarle paso, bajo la estrellada noche, oriental. Lota bajó el rostro. Lloraba. Anaret no dijo nada.

— Vamos — apremió Zoxor—. No disponemos de mucho tiempo. ¿Puedes ayudarme, Anaret?

— En todo — contestó él—. Te ayudaré en todo, Zoxor.

Y acudió a reunirse con el padre de Lota.

CAPÍTULO III



NARET contempló las estrellas. Nerviosamente, se enjugo el llanto. Volvió junto a Zoxor.

—Casí nueve horas— dijo roncamente—. Va a amanecer dentro de poco.

—Y esto todavía no está terminado… — jadeó Zoxor—. Oh, Dios, ¿será posible que por tan poco tiempo no pueda salvar al menos tu vida, hija mía?

— Padre, salvaremos nuestras vidas, no solamente la mía — musitó Lota—. En ese artefacto hay dos cabinas. Será suficiente.

— Dos cabinas...—habló Anaret, con voz ronca. Miró a Lota, con expresión acongojada—. Lota, ¿hacia dónde? ¿Adónde iréis ahora?

— Eso... sólo Amón puede saberlo. Papá pone la energía, el mecanismo, su ingenio... Luego, el Creador ha de resolver. Nos ponemos en Sus manos,

— Quizá por huir de una muerte, vais hacia otra peor...

— Quizá, Anaret. Pero vale la pena correr el riesgo— era Zoxor quien hablaba—. Yo siempre mantuve la teoría de que el mundo, la vida, no terminaban aquí, en este suelo en que Amón nos situó. Yo sé que hay un «más allá» en la propia vida. Antes de la eternidad de la muerte, hay una última oportunidad para el hombre. Otro suelo, otra tierra, otras regiones donde vivir...

—¿En los cielos acaso?

—Sí, ¿por qué no? — Zoxor señaló hacia las estrellas—. Esos cielos... nos rodean, Anaret. Nosotros somos una mancha más de luz. Si pudiéramos vernos a distancia, advertiríamos que no hay tanta diferencia entre nuestro mundo y esos otros.

— Eso dicen los astrónomos reales — dijo Anaret, con escepticismo—. No lo creo, Zoxor.

— Y yo no te lo reprocho. Hace falta saber, intuir, imaginar... El hombre que trabaja de sol a sol, inclinado sobre sus tallos y sus frutos, difícilmente puede tener tiempo para elevar sus ojos, su imaginación, hacia otros lugares que no sean la tierra que pisa y

cultiva.

— Te entiendo. Quizá tengas tú razón, Zoxor. Pero, aunque hubiera esos utópicos lugares donde el hombre pudiera seguir viviendo, ¿cómo alcanzarlos? ¿Cómo llegar a ellos? Nadie puede hacerlo. Quizá las aves, no se. Pero no los hombres.

— Las aves no llegarían jamás. Su vuelo es a ras de tierra, tiene límites. Sus alas no pueden batir en el vacío. Yo lo sé.

— ¿Entonces...? ¿Con qué alas podría remontarse un ser humano? No hay mecanismo capaz de ir adonde un pájaro no puede hacerlo.

— Todavía no lo hay, es cierto. Quizás nunca lo haya, mientras existan gentes como las que nos gobiernan ahora, y sistemas en que sólo la tiranía y el poder del que está en el trono dorado de los faraones tenga, voz, voto y criterio, Pero, alguna vez, el hombre se remontará muy alto. Llegará allá lejos, donde otros mundos giran, en un concierto único y maravilloso.

— Pero, mientras ese día llega, un día del que quizá nos separan aún miles de años... ¿qué te propones con ese ingenio? — y señaló lo que Zoxor había estado construyendo durante una serie de horas agotadoras y febriles.

Zoxor levantó los ojos hacia la simple forma piramidal, cuyo interior aparecía dividido en dos compartimentos. Dos cabinas iguales, que partían por su centro la pirámide metálica, ligera, color azul cobalto, trabajada a mano, con metales fundidos, alisados y unidos por el propio Zoxor en su fragua, con la ayuda de Lota y de Anaret.

Producía un raro efecto aquel objeto de forma de pirámide, erguido en medio de la sala, bajo el techo de cañas y de tablas. Era como la fusión imposible de dos épocas, separadas por milenios. La mente de un hombre había logrado anticiparse a su tiempo, a su época, imaginando algo que algún día sería habitual, pero que entonces era como un objeto mágico, inconcebible, grotesco...

Bajo la pirámide, hasta cuatro esferas, a guisa de patas, sujetaban la estructura metálica. Cuatro oscuras esferas, también de metal, con una serie de orificios en su base.

— El viaje puede durar años enteros, ¿no es cierto? — inquirió Anaret.

— Sí. Puede durar mucho tiempo.

—Entonces... ¿cómo se respirará ahí adentro? Zoxor sonrió enigmáticamente. Se encogió de hombros; al manifestar con voz lenta:

— Para todo existe una solución. De algo ha de servir la «muerte aparente», Anaret.

— ¿«Muerte aparente»?—se asustó Zoxor.

— Es una droga que existe en nuestro tiempo, Anaret. Una droga vulgar, que provoca un estado letárgico, similar a la muerte. Algo de lo que uno sale, tiempo después, sin haber sufrido daño alguno, a pesar de la total paralización de su organismo.

— Pero... pero en toda aplicación de una droga para morir en apariencia y volver luego a la consciencia, hace falta que alguien aplique la droga antídoto en el momento determinado que precisa la naturaleza paralizada...

—Exacto — Zoxor seguía trabajando ahora, febrilmente, en aplicar las últimas planchas a la pirámide —. Pero, ahí dentro, va a existir un total vacío de aire. Al ingerir la droga, los que viajen en la pirámide irán perdiendo el conocimiento lentamente. El aire interior está medido. Su agotamiento coincidirá ron el momento del sueño letal. Y cuando un nuevo soplo de aire les alcance, se diluirá la cápsula que situaré en labios de los viajeros, lo cual les hará ingerir el antídoto... que les volverá a la vida. Ingenioso, ¿no?

— Zoxor, eres un hombre muy sabio. ¿Serás capaz de una cosa así?

— Eso no es difícil, Anaret. Lo realmente difícil será que funcione la Nueva Energía que propulse esa pirámide de metal hacia donde yo quiero.

— ¿Hacia... las estrellas?

— Sí, Anaret. Hacia las estrellas.

— Pero hablas... hablas como si tú no fueras a ir con tu hija ahí dentro...

Zoxor sonrió enigmática, extrañamente. Luego habló con voz seca:

— Vamos, ayudadme. El tiempo urge. Y disponemos de muy poco, Ya hemos hablado demasiado, Anaret.

* * *

— ¡Diez horas!

— Diez horas... — muy pálido, Zoxor miró hacia el exterior. Las estrellas ya no lucían. Un sol tibio asomaba por el horizonte. El cielo tenía un azul metálico, duro. Los campos cercanos al Nilo verdeaban, en medio del gran desierto egipcio—. Señor, Señor... Dame unos minutos más... Sólo unos minutos...

— Me temo que no va a ser posible — habló roncamente Anaret, clavando sus ojos en el exterior, más allá de las hileras de cañaverales de las márgenes del arroyuelo cercano, que desde el Nilo serpenteaba entre rojizo fango hasta las tierras de cultivo—. Mirad allá...

Lota y Zoxor se lanzaron hacia una ventana, y palidecieron, Zoxor lanzó un juramento.

El naciente sol hacía centellear las corazas, los cascos brillantes, las armas. Se percibían ladridos de perros. Las tropas del faraón, con el oficial Tanak a la cabeza, se movían hacia la casa del sabio Zoxor.

Tardarían, no más de diez minutos en llegar a sus huertos. Y eso era lo que iba a tardar en llegar su fin.

— Sólo por unos minutos... — gimió con angustia Zoxor—. Sólo por unos minutos... vamos a fracasar, Lota, hija mía.

— Pero, padre, ¿no hay esperanza?

— No. No hay esperanza... si ellos no tardan veinte minutos en llegar.

— Imposible — susurró sombríamente Anaret, dirigiéndose a por su humilde lanza—. Ya ladran los perros. Están acercándose acá rápidamente. Nadie puede culparte de esto, Zoxor. Has hecho cuanto era humanamente posible, e incluso más. Pero esto no podía ser, entiéndelo. Los hombres no pueden anticiparse a su tiempo. O dejan de ser hombres, y se convierten en dioses. Y los dioses no existen. Yo sé que sólo Amón, el único, el Creador, rige los destinos de los hombres.

— ¿Qué piensas hacer ahora, Anaret?

— Luchar. Y morir dignamente junto a vosotros.

— Anaret, tú puedes huir, volver a tu casa, a tu huerto —pidió Lota—. No te buscan, no saben que nos ayudaste…

— Pero yo sé que os aprecio. Y sé que te amo, Lota. Eso basta. Me quedo.

— Gracias, Anaret — Lota se inclinó, impulsiva, sobre él. Besó su mejilla —. Que Amón bendiga tu nobleza y tu valor.

Anaret no dijo nada. Pero aquel beso era el mejor premio que podía recibir. Se tocó la mejilla rozada por los labios de la hermosa muchacha. Avanzó, con su lanza, hacia la ventana de la casa. Detrás, los golpes de Zoxor, que intentaba terminar de ensamblar las últimas piezas de su ingenio, en una titánica lucha contra el tiempo, que por fuerza había de perder el sabio, formaban un raro, alucinante contrapunto con el crujido de los cañaverales y los helechos hollados por los pies de las tropas del faraón, los ladridos de los perros y las voces de los soldados que se acercaban a la vivienda de Zoxor.

— Ahora no importa morir — susurró Anaret para sí—. Nada importa ya...

* * *

— Capitán, aquélla es la casa —dijo el soldado—. Los perros

acusan la presencia de alguien en su interior. Sus informes estaban equivocados y nos hicieron perder varias horas, buscando por otros puntos de Karnak, en busca de Zoxor y su hija.

— ¡Yo lo dije! —chilló agriamente Salhé, mirando con ojos malévolos a Tanak—. ¡Yo sé que estaba mal hecho, pero el capitán insistió!

— Hice lo que consideré mejor y más oportuno — cortó Tanak fríamente, mirando con desprecio al delator.

— ¡No era lo mejor ni lo más oportuno, capitán!

—protestó Salhé—. ¡Ellos pueden haberse escapado entretanto! ¡Y más, contando con algo tan poderoso como la Nueva Energía y la astucia e inteligencia de su descubridor, Zoxor!

— Salhé, yo soy el jefe de esta fuerza — le recordó Tanak—. Como oficial de la guardia real, tengo derecho a hacer las cosas a mi modo.

— A mí me resulta muy raro que actúe así, capitán Tanak — silabeó malignamente Salhé. Le estudió de soslayo, irritado—. ¡Cada minuto que perdamos, puede ser precioso para la justicia del gran Seti I!

—¿A ti qué te interesa, Salhé? jLa justicia del faraón o tu propia comodidad y tu futuro poder, por esta vileza? — replicó, incisivo, Tanak.

Salhé apretó los labios, sin replicar. Sus ojos centellearon, perversos.

— Sí, capitán — jadeó—. Yo juraría que hay algo raro en todo esto… Pero ahora no puede demorarlo más. Ahí tiene la casa. Y ahí dentro deben de estar aun Zoxor y su hija. Vamos, ¿es que no va a actuar debidamente?

— Sí — Tanak inclinó la cabeza, endurecido el rostro, bajo el casco metálico adornado con el símbolo de la guardia real—. Voy a actuar… tal y como debo. ¡En marcha!

El grupo de soldados, espada en mano, se movió hacia la casa, con Tanak al frente. De la vivienda de Zoxor no salía el menor sonido. Todos parecían dormir, ajenos al peligro de muerte que les acechaba en el exterior.

Los mastines ladraban al acercarse a la casa humilde, cubicular, perdida entre huertos, cañaverales y palmeras levemente arqueadas. Detrás, la hilera de soldados se movía rápida, diestramente, formando un cerco en torno a la casa.

No tardarían mucho en alcanzar la vivienda de Zoxor. La tibia mañana, a orillas del Nilo, y no lejos de Thebas, la gran ciudad vecina a Luxor, a la misma altura sobre el trazado largo y fértil del gran río

egipcio, era como un palio de luz dorada y azul, ante la guardia armada de Seti I, moviéndose por entre vegetación y frondas, en busca del hombre que había sido señalado por la justicia del gran sacerdote Raht como «hechiceró maligno, al servicio de los poderes del mal, contrarios al faraón y a la civilización egipcia».

El rostro grave, tenso, del capitán Tanak era la viva expresión de sus angustias, de sus internos temores, de su padecimiento por la suerte futura de Zoxor... y especialmente de Lota. Si pudiera hacer algo todavía en favor de sus amigos. Si le fuera posible librar a la mujer amada del tremendo peligro que corría...

Pero el cerco de sus hombres parecía tan terrible en torno suyo como en torno del propio Zoxor. Él, que era la autoridad, el hombre que movía a los soldados a su antojo, era la primera víctima, el primer acosado por la tiranía de los sacerdotes faraónicos, politeístas y farsantes, pretendidos lectores de oráculos y de premoniciones astrales. Ellos no aceptaban la existencia de Amón, Dios único y Creador del universo. Eso no convenía a su juego, y lo rechazaban furiosamente. Como rechazaban todo auténtico esfuerzo por dar mayor grandeza a la especie humana, por abrir al hombre los ojos, de cara a los grandes misterios de la vida.

Y él, precisamente él, tenía que obedecer, acatar esas leyes. O morir, si se enfrentaba a ellas, sin la menor posibilidad de éxito. Egipto estaba en todo su esplendor. Keops, Kefrén, Mikerinos, como nombres del pasado. Amenophis II y Amenophis III, Tut-Ank-Amón,y otros muchos, como representación del presente, de las nuevas dinastías egipcias, marcaban el símbolo de su raza y de su civilización gigantesca. ¿Ellos eran el cénit de la actual especie humana. Ellos formaban la cumbre del saber, del poder, de la grandeza del hombre, de la ciencia, del arte, de la política y de la propia capacidad humana para conocer los grandes secretos del mundo y de los cielos, de la vida y de la muerte.

¿Por qué en aquel Egipto grandioso tenían que ocurrir infamias como aquélla de capturar o dar muerte a Zoxor y su hija Lota? ¿Por qué acusar de rebeldía y de magia a un científico, a un abnegado Investigador, que había hecho de la ciencia su máximo afán en la vida? ¿Por qué todo aquello? ¿Por qué?

Tanak hubiera querido tener las respuestas. Pero no las tenía, Y no podía aspirar a encontrarlas. Él no era un hombre de ciencia. Él ni siquiera podía torcer el destino de aquellos seres. Nadie podía hacerlo ya. Estaban condenados a morir o a ser encerrados durante años interminables y sombríos, en las mazmorras del faraón. Ése sería su final. Y él, precisamente él, había de ser el ejecutor directo del arresto, le gustara o no.

Claro que siempre había un camino: rebelarse.

Negarse a cumplir las órdenes. Pero eso tenía un castigo concreto y terrible, según la ley de los faraones: la muerte.

Tanak procuró alejar de sí esos pensamientos… Ya estaban ante la casa. No necesitaba siquiera levantar los ojos al cielo para saber que justamente ahora se cumplirían las diez horas prometidas a Zoxor. Sólo él sabía lo que significó ganar ese tiempo, contra el afán de prisas de los sacerdotes, de Salhé, de muchos otros, interesados en aniquilar a Zoxor. Y, por supuesto, a sus experimentos con la Nueva Energía.

Si pudiera ganar algún tiempo más... Pero era difícil. Especialmente, con Salhé sospechando de él. Los perros ya corrían hacia la casa. Parecían ávidos por entrar, por atacar a dentelladas a sus ocupantes, si éstos se resistían.

Uno de los animales ladró furiosamente ante una de las ventanas. El soldado que lo sujetaba se veía incapaz de dominarlo. El perro exhibió los dientes, tratando de saltar sobre la ventana.

— ¡Quieto! — gritó el soldado—. ¡Espera aquí!

Pero el perro no esperó. Tiró tan fuerte que el soldado soltó la correa y se fue hacia atrás, tambaleándose. El animal brincó hacia la ventana... para caer inmediatamente, con un aullido largo y terrible, bañado en sangre su vientre, donde vibraba, furiosa, una lanza de factura casera. El perro revolcóse en tierra, con una agonía feroz e impotente, que exacerbó la furia de sus congéneres.

— ¡Atrás! — gritó un soldado —. ¡Hay gente en la casa... y dispuesta a vender su vida a cualquier precio!

Tanak, muy pálido, apretó los labios. Conocía aquella lanza. Anaret estaba con ellos. Era su lanza. Se había decidido a combatir, a morir con sus vecinos. Tanak le envidió. Si él pudiera hacer igual...

— Capitán, usted tiene la palabra —le recordó Salhé, incisivo —. ¿Qué va a hacer? ¿Esperar a que también sus hombres vayan a hacer compañía a ese perro?

El oficial del faraón no replicó. Hubiera deseado que fuese Salhé, y no el perro, quien hubiera caído con aquella lanza sobre el corazón. Pero los deseos no se convertían siempre en realidad.

—Rodead la casa, protegiéndoos en cañaverales y plantas —avisó —. Cuidad de no ofrecer blanco. Los de la casa se defenderán furiosamente, y no vacilarán en matar.

— Espero que no se conforme con sitiar la vivienda, ¿no es cierto? — jadeó Salhe—. No me parece una posición lógica, para quien tiene la fuerza a su favor...

— Tú cállate, Salhé—cortó fríamente Tanak—. El que manda aquí soy yo.

— De acuerdo — rió Salhé —. Pero el que puede influir en el sacerdote Rath, para que le recomiende al favor del faraón, soy yo, no lo olvide.

Tanak cruzó sus musculosos brazos con fría indiferencia. Su mirada hacia Salhé fue casi un insulto.

— Me tiene sin cuidado — declaró —. No temo a la muerte... Ni siquiera a los buitres como tú, cochino traidor.

Salhé se estremeció, bajo el insulto. Palideció, torciendo el gesto ruinmente. No habló. Pero Tanak supo que, a partir de aquel momento, Salhé sería su peor y más despiadado enemigo, en todo instante y circunstancia,

Tanak avanzó delante de todos, despreciando con un gesto áspero, casi hostil, la oferta de un soldado, que le tendía, de la correa, un perro igual al que la certera lanza liquidara frente a la casa de Zoxor.

—Lo haré yo solo — negó, moviéndose con celeridad y sigilo entre los cañaverales.

Se detuvo ante la casa. Esgrimía con mano firme su espada, dispuesto a hacer algo con ella. Sólo que no sabía qué. Desde luego, jamás la utilizaría contra Zoxor o contra Lota. Ni siquiera contra el bueno de Anaret.

Pensó que tal vez Zoxor hubiera logrado su objetivo, y allí dentro solamente estuviera Anaret, cubriendo las espaldas del sabio. Pero, por otro lado, Tanak sabía que si Zoxor encontraba el medio de canalizar su energía fabulosa, el hallazgo increíble de su mente científica, nadie haría falta para cubrirle las espaldas. Quizá, después de todo, no había tenido tiempo. Quizás estaba aún allí dentro.

Pero él tenía que hacer algo. Q su gente entraría también en sospechas, y la ruina sería total. Aun así, ya iba a serle difícil explicar al faraón su actitud, si Salhé hablaba en la forma que era de esperar.

Rápido, al hallarse frente a la puerta de la casa, saltó desde los cañaverales y corrió hacia ella. No sucedió nada mientras salvaba el claro. Solamente una nueva lanza brotó por un hueco de la casa. Pero se clavó en tierra, lejos de Tanak. Supo él que eso solamente podía suceder porque así lo deseó el tirador. O su suerte hubiera sido la misma del mastín atravesado.

Paróse junto a la puerta y comenzó a descargar duros golpes de espada sobre la cerradura. La recia hoja de tablas se conmovió. Detrás de la puerta, alguien jadeó:

— ¡No os preocupéis! ¡Seguid! ¡Yo les contendré!

Tanak se estremeció. No habían escapado aún. Luchaban por intentarlo. Y era tarde, demasiado tarde. Dentro de unos segundos, él y sus hombres estarían ya dentro de la casa, estrangulando todo

intento de fuga de los perseguidos por la justicia real.

La mente del capitán Tanak trabajó intensamente buscando una solución al drama. Le había parecido reconocer la voz de Anaret, tras la puerta. Seguramente Zoxor y Lota estaban trabajando allí dentro, contra el tiempo, inexorable y tiránico.

Se volvió. Argumentó á sus soldados, sabedor de lo frágil y torpe de .su excusa:

— ¡Esta maldita puerta se resiste! ¡Han debido de reforzarla! ¡Habrá que traer un ariete, para abrir paso!

Eso daría algún tiempo a los de la casa, porque ellos no llevaban ariete. La añagaza quizás hubiera dado resultado... de no ir Salhé con ellos.

El confidente actuó de forma inesperada. Tanak le vio salir de su refugio en los cañaverales y correr en zigzag. Saltó sobre la puerta de la casa, y la atacó con su arma: un hacha.

Antes de que pudiera impedirle la acción con alguuna excusa, por débil que fuera, ya era tarde. El hacha de Salhé dio su resultado efectivo. Se abrió la puerta, con las tablas rotas, desgajadas a golpes. Salhé cargó contra el resto de la puerta. Luego se echó a un lado. La puerta cedió, con un crujido final, dejando paso franco.

Tanak, ante el umbral de la misma, descubrió dentro de la casa la forma piramidal, metálica. Y junto a ella, a Zoxor y a Anaret. Lota debía de estar dentro de la pirámide, uno de cuyos lados ofrecía una abertura.

Zoxor se volvió. Descubrió a Tanak, a Salhé. Mascullo, con un gemido angustiado:

— ¡Oh, no! ¡Apenas por unos minutos...! ¡Todo se ha perdido!

Entonces, Salhé hizo algo que Tanak no podía prever siquiera. Saltó de súbito, plantándose en el umbral en apenas un segundo. Luego, cuando con otro salto salió del hueco y se ocultó en el muro, ya sus manos aparecían libres.

¡Había disparado su hacha, con una contundencia y precisión terribles, hacia el interior de la vivienda!

Tanak sintió erizarse sus cabellos cuando dentro de la casa alguien gritó angustiadamente. El sordo impacto del hacha sobre un cuerpo humano estremeció a Tanak con un vivo y repentino terror.

— ¡Le alcancé, le alcancé! — aulló, jubiloso, el maligno Salhé.

Tanak asomó. Su palidez creció de grado al descubrir, abatido en tierra, convulso y sangrante, al infortunado Zoxor, en cuyo pecho se hincaba la hoja de acero del hacha disparada por Salhé.

Anaret, inclinado sobre él, le asistía desesperadamente. Pero Tanak supo que no se podía hacer ya nada por Zoxor. Perdía sangre y

vida a raudales...

— Anaret... tú... —silabeó sordamente el herido. Señalaba la pirámide metálica, erguida en medio de la sala—. ¡Tú... debes ir con Lota! ¡Huid vosotros, ir adonde podáis crear una nueva especie!... Yo.., pensé en enviarte a ti, Anaret. Yo no... iba a ir…

— Por Dios, Zoxor, eres tú..., tú has de ir con tu hija... —musitaba Anaret.

— Sólo... sólo esta ocasión existe, para ir lejos, donde nadie os alcance,.. Podéis morir en el viaje, o llegar jamás, lo cual también es la muerte... Pero una posibilidad de llegar... ¡Intentadlo, Anaret! La cápsula..., la cápsula en los labios... una vez dentro de la cámara... Antes, ingiere la droga de la muerte aparente. Y... que Dios te acompañe, Anaret, juntamente con Lota, mi querida hija...

Salhé, con el rostro contraído, hurgo en sus ropas, extrajo un cuchillo para atacar a Anaret. De un salto se dirigió hacia el interior de la casa, mientras ya los soldados, con un suboficial a la cabeza, llevando uno de los mastines, se dirigían para invadir la vivienda a cumplir su misión.

—¡Quieto, Salhé! —ordenó roncamente Tanak—. ¡Zoxor va a morir! ¡No tenemos derecho a detener a Anaret y a Lota!

—¡Claro que sí! —aulló Salhé—. ¡Ellos pretenden utilizar la magia de Zoxor para huir! ¡Tú obligación es detenerles, impedir que huyan!... ¡Y si no, yo haré, y exigiré luego que te juzguen por tu actitud! Salhé se dispuso a saltar sobre Anaret, arma en ristre. Lo hubiera hecho, con muchas posibilidades éxito, porque Anaret estaba desarmado, ocupado asistir a Zoxor.

Entonces actuó Tanak.

—¡Salhé! —gritó.

Este se volvió, atraído por la voz tajante, seca, del militar. Y, estupefacto, hallóse con el gesto helado, tenso, del aguerrido soldado. Luego, leyó la muerte en los ojos de Tanak. Gritó. Gritó, porque la espada de Tanak acababa de hundirse en su pecho.

Tanak extrajo la hoja de acero del pecho perforado de Salhé. El traidor, bañado en sangre, con ojos dilatados y vidriosos, rodó a sus pies. El capitán volvióse en redondo. Su subordinado, confuso, no supo que hacer Luego soltó al mastín, ordenándole:

— ¡Sus! ¡A él!...

Tanak, con sonrisa serena, esperó impávido. El perro saltó sobre él. Quedó decapitado en el camino. Su cabeza, segada de un tajo violento de la espada de Tanak, saltó lejos. El cuerpo, inútil, rodó por tierra, entre sangre y polvo.

— ¡Atrás! —aulló el suboficial, ¡El capitán Tanak nos

traiciona! ¡Se une a los rebeldes!

Un soldado alzó una ballesta para herir a Tanak. El capitán se inclinó, vivamente. La flecha se clavó en la puerta medio derruida, vibrando furiosamente. Tanak, veloz, se precipitó sobre el cuchillo de Salhé. Lo aferró. Cuando el soldado pretendió tirar de nuevo, encontróse con la hoja de acero, lanzada vertiginosa-mente por Tanak, clavada con certero tino en su vientre. Se dobló, chillando de forma agónica, sobre los cañaverales.

El suboficial arrojó su espada contra Tanak. Este salvaba ya el umbral de la vivienda y penetró como un alud en la casa. Cerró la puerta fracturada y la ajustó con una barra de hierro.

— ¡Tanak! —gimió Anaret, débilmente—. ¡Te han herido!...

El capitán se volvió, sonriente. Era la suya una pálida, contraída sonrisa, en un rostro trémulo, tenso. La espada de su suboficial le había hecho mella. No se le había clavado, pero el corte profundo, largo, de la hoja de acero, hacía correr la sangre copiosamente por su hombro y brazo.

— No es nada —aseguró, estremecido—. Peor..., peor es lo del pobre Zoxor...

—Está muy mal —aseguró Anaret—. Se muere, Tanak...

El capitán se inclinó junto a Zoxor. Éste le miró, convulso.

— Sólo..., sólo unos minutos... —susurró—. Hay..., hay que calentar el gas... para que la Energía actúe... Por favor, Tanak... Tú..., tú puedes hacerlo. Elige..., elige si prefieres ser tú quien acompañe a Lota. Sortead... o elegid los dos. Sólo uno... puede ir.

—Y ese uno será Anaret —afirmó Tanak—. Yo calentaré el gas. ¿Cómo he de hacerlo?

—La antorcha... —jadeó Zoxor—. La antorcha, Tanak. Acércala a..., a las esferas de la base de mi pirámide... y quizá lo logres. Quizá... la Energía se imponga en acción.

— Sí, Zoxor. Lo haré... Confía en mí. Lo haré. Tu hija irá a... Irá a...

— Las estrellas —susurró Anaret—. Allá va ella... y el que con ella vaya.

—¿Las estrellas? —Tanak, tambaleante, se detuvo junto a la antorcha resinosa del muro—. ¿Estáis locos, Anaret?

—No, no lo estarnos. Zoxor tiene fe en su «pirámide». También yo. Iremos al espacio. Iremos, lo sé...

—Está bien. Si alguien ha de ir... seréis tú y Lota.

— ¡Tanak! ¿Y tú?

— Yo... no tengo sitio allá —sonrió Tanak—. Mí lugar está aquí, en la Tierra.

Anaret miró hacia la puerta, atrancada hábilmente por Tanak. Flechas y lanzas, impactos y ataques la hacían vibrar y oscilar peligrosamente. Pero no caía, no cedía.

—¡Te matarán! —jadeó— . ¡Ellos te matarán por tu traición!

— No importa. De cualquier modo, quizá no lo hagan... Ahora, Anaret, escucha esto. Zoxor ha dicho que entres en la pirámide.

— ¡No! ¡ No tengo derecho! Tú..., tú has hecho más que nadie por ellos.

— No seas imbécil. Entra tú, Anaret. Un hombre fuerte, no un herido, debe someterse a la muerte aparente y todo eso. Un herido podría morir. Lota necesita de alguien que la cuide, adondequiera que vaya, sí allí la vida humana es posible. No me meto en esto. No sé si realmente la Nueva Energía puede mover ese artefacto, si se pueden alcanzar las estrellas. Zoxor lo cree así. Su fe puede mover montañas. Yo no creo tanto, pero no niego tampoco. Sólo espero... Espero que todo os salga bien, Anaret. Suerte... y valor.

Con la antorcha en la mano, sin inmutarse por los golpes en la entrada, se acercó a la base de la pirámide. Aplicó la llama a cada uno de los cuatro objetos esféricos, cubiertos de orificios. Dentro, algo hirvió, sibilante.

— ¡Funciona! —jadeó el moribundo Zoxor, con ojos brillantes —. ¡Funciona, Tanak! ¡Dios te bendiga, amigo mío!... Pero, pronto, resolveos... Sólo hay segundos ahora... Segundos de tiempo...

—-Decidido, Zoxor —cortó Tanak—. ¿Dónde está la droga de la muerte aparente?

— Es ésta —señaló Anaret, mostrando un tubo de líquido rojo, situado sobre la mesa —. Pero serás tú el que...

Tanak no discutió. Disparó su puño. A pesar de la herida sangrante, conservaba su fuerza. Tumbó a Anaret. como a un fardo. Se inclinó. Derramó en sus labios el líquido rojo. Anaret quedó flácido, inerte, como un muerto real.

— La cápsula... —jadeó Zoxor—. Esa cápsula azul...

Tanak la encontró. Era una esfera azul, con una extremidad que se aplicaba a los labios. Era una forma gelatinosa, blanda. La situó en la boca del inerte Anaret.

— Ahora... adentro —señaló Zoxor—. Gracias, Tanak... Diqs te bendiga...

Tanak cargó con Anaret y entró en la pirámide. Vio los dos compartimientos. En uno, Lota dormía ya su sueño extraño, rígido y apacible a la vez. Quizás un sueño de siglos.

En el otro compartimiento situó a Anaret, apoyado en las abrazaderas metálicas que dispusiera allí Zoxor. El aire era denso,

irrespirable casi. Pronto no habría oxígeno allí dentro. Pero los dos «muertos» no lo advertirían.

Miró larga, intensa, apasionadamente, a Lota. Se acercó. La besó en los fríos y yertos labios.

— Hasta nunca, vida mía —musitó—. Si este viaje no tiene fin, será ésta tu muerte real. Si hay algún lugar al que puedas llegar, tu vida continuará, para hacer feliz a otro hombre, elegido por el destino.

De cualquier modo..., adiós. Pero nadie te amará como yo te amé...

Le aplicó a los labios el borde de otra esfera azul y salió de la pirámide. Luego empujó la hoja que formaba uno de sus lados y, a la vez, su puerta. Se cerró, ajustándose herméticamente. Tanak miró a Zoxor, esperando nuevas instrucciones.

Era inútil. Zoxor había muerto. Yacía allí, con una sonrisa radiante, feliz al parecer, tras la última gran batalla de su vida. Fuera, el revuelo era creciente, la puerta estaba a punto de abatirse, atacada por los soldados, las ventanas eran cosidas a flechazos.

— ¿Y ahora? —musitó Tanak—. ¿Qué sucederá ahora?...

Miró a la base de la pirámide. Vio brotar la luz azul, gaseosa, de los orificios de sus esferas. Retrocedió, intuyendo algo de lo que iba a suceder.

Pero nunca imaginó que lo que sucediera fuese precisamente aquello.

CAPÍTULO IV



UE como un estallido azul, terrible y demoledor, que hizo crujir los muros de la Vivienda, que agrietó paredes, muebles, y objetos, pulverizando muchos de éstos.

Luego, mientras Tanak rodaba entre cascotes, contra una ventana que, de repente, se agrietó, agrandándose y deformándose, la luz azul se hizo cegadora, fulgurante, dentro de la casa. La pirámide metálica rugió y elevóse por sí sola del piso.

Reventó el techo, desgajado y hecho añicos, para dejar pasar, hendiendo ramajes, maderas y cañas, la forma aguda, piramidal, en dirección al cielo de la mañana.

Fue como un ramalazo de luz intensa, deslumbrante, que hizo retroceder a los soldados egipcios, mientras la casa se diluía en un montón de ruinas estremecidas. Y una chispa cegadora que se perdía en las alturas, que se fundía en el cielo, sin que hubiera ojos capaces de seguirla, de captar su marcha vertiginosa, asombrosa e increíble.

En leves segundos dejó de ser algo. No pareció una pirámide, ni siquiera una forma sólida concreta, Se perdió en el azul del día,

fundido con su luz y su aire diáfano. Sólo dejó tras de sí una densa humareda, un montón de cascotes, una expresión estupefacta en los soldados del faraón Seti I, y la admiración en un hombre que ahora yacía entre los cascotes, semiinconsciente.

El ingenio asombroso de Zoxor había funcionado, La Nueva Energía actuó como él esperaba. Quizá con mayor fuerza aún.

Ahora, dos seres volaban hacia el espacio, en un viaje inaudito, increíble. En un vuelo sin alas, que 1a Historia no referiría jamás. Que nadie tampoco podría repetir, porque su secreto desaparecía con la propia pirámide. La Energía iba allí, la Energía impulsaba la nave de forma piramidal por el espacio sólo hendido hasta entonces por las aves.

Un espacio que, quizá durante milenios, sólo las aves y los meteoros lograran hender. Porqué el gran secreto de Zoxor, el sabio egipcio, moría con él, aquel siglo XVI antes de Jesucristo, durante el reinado de Seti I, padre del que luego sería el famosísimo Raimsés II, el más destacado faraón de la historia de Egipto.

Pero de eso no habla la Historia.

Nadie, salvo Tanak, podía haber hablado de ello Porque nadie supo nada jamás. Salhé había muerto Lota y Ánaret viajaban hacia una meta que quizá nunca alcanzarían, pero cuyo intento justificaba el salto a la eternidad...

Y la última persona, Zoxor, había muerto. Sólo Tanak vivía. Sólo Tanak pudo hablar. Pero Tanak no habló. Guardó por siempre su secreto.

Egipto nos legó en sus monumentos la prueba de una civilización grandiosa y admirable. Un progreso increíble para su época. Se cultivaron arte y ciencia. Sus hombres fueron inteligentes y cultos. ¿Por qué no pudo existir un hombre como Zoxor? ¿Y por qué no un secreto como el que aquella Nueva Energía?

Nadie lo ha sabido nunca. Nadie nos ha dicho que los egipcios fueran los primeros en viajar hacia el espacio sideral, aunque sí nos dicen que en sus pirámides dejaron prueba clara de sus conocimientos astronómicos, ya que sus medidas, volumen y otros datos, concuerdan con cifras de medidas astrales en una imposible coincidencia constante.

Pero Tanak habló de ello. Dejó escrito un papiro que, en el transcurso de los siglos, llegó a manos de alguien...

Porque Tanak no murió aquel día. Tanak, simplemente, cayó bajo los cascotes del edificio derruido. Y sus soldados, creyendo que había volado por arte de aquella magia inexplicable que también hiciera desaparecer a los demás, en medio de un destructor centelleo azul, se contentaron con buscar superficialmente. Y al no hallarle, se retiraron

del lugar, sin haber logrado entender todavía lo sucedido. Pero conscientes de que habían asistido a un suceso increíble, mágico, situado muy lejos del alcance de lo terrenal.

Y entre tanto, el capitán Tanak…

* * *

— ¡Pobre!… Ha debido de sufrir mucho con estas heridas…

La joven campesina derramó el bálsamo sobre la profunda y larga herida del hombre de uniforme sucio, sangrante, rasgado por arbustos y piedras. Tanak se estremeció, tendido sobre la mesa de piedra, pero no volvió en sí.

El cansancio, el agotamiento, la fatiga, se reflejaban en su semblante sucio, herido, quemado por el crudo sol del desierto. Ella lavó cuidadosamente, con agua fría, la epidermis del guerrero. Luego, impulsiva, le acarició mientras le contemplaba.

— Es hermoso también… —musitó—. Muy hermoso…

Nefer vivía sola en aquel lugar desolado, lejos de Luxor, de Thébas, cercano al gran desierto del este de Egipto. Y hasta allí, arrastrándose por terrenos duros y difíciles durante semanas enteras, había llegado Tanak, el guerrero que faltó a su deber por amor y lealtad a unos amigos y a una mujer a quien amaba.

Y Nefer conoció así a Tanak. Así se enamoró de él.

Así, Tanak encontró también un lugar donde vivir en paz. Donde sanó de sus heridas, donde una mujer luchó con sus caricias por hacerle olvidar el pasado. Una mujer llamada Nefer, de la que tuvo un hijo.

La historia pudo haber terminado ahí. Nadie, en Egipto, se ocupaba ya de Tanak, el traidor. Tocios le habían dado por muerto, y su nueva vida, lejos de las grandes ciudades y de las personas amigas, parecía que había de ser larga e insignificante.

En realidad, así fue.

Pero la vida de Tanak estuvo marcada por el sello de la amargura, de la duda, de la indecisión. Su mente siempre estuvo fija en una idea, sus ojos buscaban con frecuencia el brillo de las estrellas en la noche, y sus labios modulaban una pregunta. Siempre la misma. Y siempre, también, sin respuesta:

En algún lugar, allá arriba… ¿Habrán llegado a alguna parte? ¿O estarán viajando eternamente por ese espacio cuajado de luz y de misterio? Amón, tú tienes la respuesta. Pero que nunca la recibiré.

Nunca recibió la respuesta. No podía ser de otro modo. El universo permaneció callado, inmutable, hermético.

Pero Tanak sí quería dar una respuesta al futuro. A su futuro, al

futuro de los suyos, quizás al de la propia humanidad. La respuesta, en la versión directa del único hombre que presenció el primer salto al espacio realizado por los humanos.

Así, Nefer vio cómo cada tarde, a la luz del sol, detrás de la pequeña casa perdida en aquel oasis del desierto, Tanak escribía sobre un largo papiro con la jeroglífica escritura de su época.

Nunca quiso saber lo que escribía. Nunca le pidió ver su relato. Tanak tampoco se lo ofreció.

Cuando hubo terminado el papiro, lo enrolló y guardó en un tubo metálico, que precintó. Se lo tendió a Nefer y le dijo:

—Guarda esto para siempre, Nefer —pidió—. Ocurra lo que ocurra, procura que jamás se pierda. Y si algo me sucediera a mí alguna vez, haz que llegue a poder de nuestro hijo. Y, a su vez, que él se lo pase a sus descendientes. Es todo lo que pido. Que lo guarden como un ritual. No es preciso que lo lean. Es un relato que tampoco creerían. Pero, alguna vez, un descendiente mío leerá ese papiro... y quizá comprenderá. Quizás entonces, lo que ahí se relata parezca normal y verosímil. Hoy, no puede serlo. Y no quisiera que ni tú ni mi hijo pensarais de mí que soy un loco, un visionario...

— Yo creo en ti, Tanak... — dijo dulcemente Nefer.

— Lo sé, querida. — Él acarició sus cabellos, con ternura—. Por eso prefiero que sigas teniendo fe en mí. Después de todo, quizás he soñado un poco. Y a veces, los sueños se confunden tanto con la realidad... que uno no logra saber en realidad qué es una cosa v cuál la otra.

— Respetaré tus deseos, Tanak. — Ella oprimió contra su pecho el tubo metálico. Esto se guardará por siempre en nuestra familia. Será el ritual, hasta que un día alguien lo abra y descubra lo que escribiste tú... Amón decidirá qué día será ése.

— Sí, Nefer. Amón decidirá...

Los ojos de Tanak contemplaron las estrellas. Como pretendiendo encontrar en ellas la respuesta a sus dudas. Una respuesta que nunca alcanzaría, porque estaba tan lejana como los propios astros.

Así ocurrió.

Tanak murió en una lucha contra unos salteadores. Eso sucedió muchos años más larde, cuando ya Tanak no poseía la agilidad ni la fuerza de su juventud.

Y entonces, Nefer se marchó para siempre de la casa en el oasis y buscó un lugar para su hijo, el pequeño Tanak.

Con ella iba el tubo metálico, cerrado y sellado por Tanak. Dentro del tubo, como un ritual familiar, como el símbolo del hombre que la hiciera feliz durante aquellos años, llevando un poco de amor a su

vida solitaria, Nefer llevaba el papiro escrito. Escrito con historia que ella no conocería nunca, porque no iba a abrir jamás el tubo de metal.

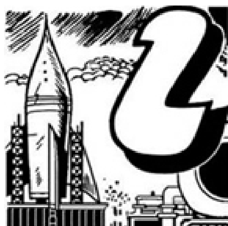
Pasarían años, siglos, milenios...

Y quizá, entonces, un día, alguien abriría aquel tubo. Y leería lo que el capitán Tanak escribió, en tiempos de Seti I...

Algo que jamás contó la Historia.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO



AS banderas de los países ondeaban, formando un perfecto cuadro en torno al gran edificio de las Naciones Unidas.

Ya no era la vieja y anticuada sede neoyorquina, sino aquella otra, levantada en un lugar diametralmente opuesto del planeta, que erguía su soberbia estructura de plástico y aluminio en forma revolucionaria, y proyectaba su cúpula central, puntiaguda, fiada el espacio.

Ya no eran tampoco las banderas de antes, sino agrupaciones de banderas, bajo emblemas comunes: los Estados Unidos de América, los Estados Unidos de Europa, la Sociedad Internacional Asiática, los Países Asociados de África. Y así siempre marcando unión, federación, fraternidad entre los hombres.

Así era la sede de las Naciones Unidas por aquel entonces. Un edificio radiante y majestuoso, como en su época lo fuera la plana arquitectura de Le Curvoisier, a las orillas de Manhattan.

Alejandría, la hermosa ciudad de Egipto, su centro. Allí, las Naciones Unidas se reunían, con las nuevas banderas de la organización flotando con su azul celeste sobre las cúpulas cristalinas. Y en cada bandera de las Naciones Unidas se leía una inscripción:

BASE LUNA.
CIUDAD MARTE.
CIUDAD VENUS.

Sobre el azul de las Naciones Unidas, en el paño, destacaban esas inscripciones en letras amarillas. Y a cada una de ellas servía de símbolo, en vez de la esfera mundial, la esfera del planeta citado en la inscripción.

El joven broncíneo, de traje de sedafib blanco, erguido entre los

jardines suntuosos de las Naciones Unidas, contempló con interés aquellas banderas, las tres de la cúpula de la ONU. Una luz de nostalgia brillaba en sus ojos.

La nostalgia del que ha vivido algo, del que ha tomado parte en una gran empresa de la que uno puede sentirse orgulloso. Sí, aquella obra ingente de finales de siglo, con la conquista de los mundos más próxima a la Tierra, era también obra suya. Como todos 1os que colaboraron en ello, él se sentía parte integrante del prodigio.

Ahora, las Naciones Unidas eran algo más que un organismo mundial. Su jurisdicción era universal. Alcanzaba a las rutas del espacio, a los lejanos mundos, a la vida de los astros dominados ya por el hombre, tras aquel fantástico avance sideral a finales del siglo XX. Así, ahora, en el año 2004, Tierra era como el centro universal de nuestro sistema solar; Gracias a los científicos, a los técnico a los expertos que, bajo la égida de las nuevas Naciones Unidas del mundo entero, crearon el proyecto de colonizar los planetas habitables, para expansión de la raza humana, la anulación de guerras y conflictos, al no existir el viejo y eterno problema de las tierras a conquistar y la dispersión de países superpoblados hacia los nuevos planetas conquistados, donde en condiciones de vida y seguridad conseguidas por los equipos técnicos de la ONU, la gente iniciaba una nueva, una fascinante vida.

En aquella gran empresa, que ahora las Nación Unidas proyectaban completar con viajes experimentales voluntarios a otros planetas, habían colaborado muchos. Desde simples diseñadores de modelos espaciales, mecánicos y expertos, hasta los científicos que señalaron el vuelo, las órbitas, las velocidades, los que aplicaron los novísimos sistemas de propulsión termonuclear o a fotones, los que manipulan las naves hacia el espacio, los que viajaron, como colonos de las nuevas zonas terrestres en otros mundos, lugares a los que las Naciones Unidas se resistían a denominar «colonias dé la Tierra», por no caer precisamente en aquello que tanto habían combatido durante medio siglo.

Y él, aquel joven alto, broncíneo y arrogante, en uno de los mecanismos de la gran empresa, uno de los engranajes, que hicieron funcionar la maquina colosal y compleja de enviar, primero, unos cuantos seres audaces a iniciar en la Luna su vida sideral para después, en progresivas y audaces intentonas ir salpicando Marte y Venus con expediciones que alzaron allí sus ciudades, cubiertas donde el aire natural era tóxico o insalubre, y creándose su propio oxígeno por medios científicos, dentro de la ciudad encerrada en plástico blindado.

El había estado en el viaje a la Luna, en un vuelo de pionero a

Marte...

Sonrió, bajando la cabeza. Al moverla, el ser de Alejandría jugó, con reflejos azules, sobre su negro y ondulado cabello. Anduvo por los jardines, hacia una de las entradas anexas al pabellón central de las Naciones Unidas, en su sede mediterránea del siglo XXI.

Sobre aquella entrada, un emblema de las Naciones Unidas rezaba sobre el azul diáfano de su bandera: *Pabellones de la Sociedad Mundial de Astronáutica y población planetaria.*

Allí muy pocos tenían acceso. Solamente los elegidos, los que colaboraban directamente en los proyectos tecnicientífcos de la ONU, con los ojos puestos en el cielo, en el cosmos infinito, que empezaba a ser campo abierto a la audaz planta del hombre. El joven de la piel bronceada, como uno de los pilotos espaciales de las Naciones Unidas, podía tener libre acceso. Ahora no tenía un particular interés en visitar la sede. Pero había oído hablar de un nuevo proyecto y quería conocerlo. Aunque tiempo atrás se prometiera no volver a interesarse por cuestiones del espacio y dedicábase tranquilamente a su nuevo cargo de experto en vuelos siderales, en la Oficina Central Astronáutica de la ONU, lo cierto era que él no podía pasar sin oír hablar de proyectos, de nuevas ideas, con destino a la conquista de los cielos, más allá de Marte y Venus, los planetas vecinos, ocupados, ya por el hombre, aunque sólo fuera parcialmente.

Los funcionarios de los pabellones brillaban por su ausencia en los largos, curvos, bruñidos corredores que se deslizaban entre altas paredes de plástico blanco, terso, reluciente. No era aquélla una época en qué los hombres pudieran ser empleados en cargos así. Las máquinas habían suplido al ser humano en tareas tan simples. Y así, la tarjeta de identidad del joven, una tarjeta especial, con el emblema de la ONU, realizada en un material metálico flexible, con una especial capacidad magnética, al ser situada por la mano de éste ante determinados ojos electrónicos, iba franqueándole el paso por puertas que se abrían y cerraban automáticamente, tras la acción del ojo magnético, sensible al magnetismo de la tarjeta.

El joven de piel color bronce y cabellos de azabache llegó así a una gran sala central, circular y dotada de asientos, tras un muro de cristal ligerísimo, a través del cual, por un complejo sistema de altavoces microscópicos, penetraba la voz de quienes allá abajo hablaban, traducidas automáticamente al idioma de cada asistente, por medio de las cintas robot o traductoras electrónicas.

Sentóse en uno de los largos, curvos y mullidos asientos. Otros hombres de ciencia o expertos en astronáutica escuchaban atentamente al hombre que, allá abajo, en la sala, hablaba erguido en un estrado, con papeles, anotaciones y una gran pizarra magnética

ante sí.

El joven miró en torno y sonrió. Algunos asistentes dormitaban en los confortables asientos, desentendiéndose de la disquisición dirigida a los oyentes del anfiteatro y a los congresistas especializados que ocupaban una serie de asientos de excepción, en la propia sala, y en torno al conferenciante.

Conocía bien al que hablaba. Era Ingemar Samuelson, el científico sueco de fama mundial. Uno de los principales artífices del «Proyecto Venus», felizmente logrado. Un experto de primera fila en cuestiones del espacio. Últimamente había pasado unos meses en Ciudad Marte, quizás estudiando nuevos sistemas, de propulsión sideral, partiendo desde el nuevo y esplendoroso espaciódromo edificado sobre las rojas arenas de Marte.

Sorprendido, captó algunas de las palabras que ahora pronunciaba, traducidas a su propia lengua, en la sección de asientos de Oriente Medio:

—...y así, caballeros, creo relativamente fácil intentar el nuevo asalto al espacio. Pero siempre, claro está, que los que hayan de pilotar la nave sean voluntarios, dispuestos a correr el gran riesgo que supone, en todo momento, un nuevo avance hacia lo desconocido. Podemos muy bien asegurar que Venus y Marte habrán sido un juego de niños si lo coronáramos con el salto que ahora, les propongo, como algo factible, a realizar en un corto espacio de tiempo. No más tarde de dos años, un par de hombres, en una nave espacial ligera y dúctil, especialmente diseñada por mi departamento para esta nueva idea, podrá salir del espaciódromo de Marte o de Venus... ¡con destino a Saturno!

El joven oyente pensó en la posición planetaria ¡Saturno! La idea le sorprendió. No había oído hablar de aquel proyecto. Nadie parecía haber pensado en el lejano Saturno como un objetivo inmediato en los planes de colonización espacial.

Y, sin embargo, era lo que acababa de decir serena, apaciblemente, la voz dominadora y firme del profesor Samuelson.

El joven pegó un leve respingo en su asiento del sistema solar. El hombre había llegado al satélite terrestre, a Marte, a Venus. Los asteroides que formaban bandas superpobladas en el espacio exterior habían sido visitados o explorados por las naves de las Naciones Unidas y de la Organización Internacional del Espacio. Pero, en cambio, parecían olvidarse de Júpiter, el gigante rayado, el planeta ingente, de franjas multicolores. Al parecer, era Saturno el que les atraía como un imán ahora. Al menos, el que atraía al profesor Samuelson.

«¿Por qué Saturno? — se preguntó el oyente de tez broncínea,

arrugando el ceño reflexivamente—. ¿Por qué?»

El profesor Samuelson continuaba su charla frente al auditorio de la ONU. Parecía haber captado la pregunta íntima que se estaba haciendo el joven, comenzó a informar respecto a sus proyectos.

—Siempre he considerado altamente interesante conocer más a fondo la estructura real de Saturno, historia y su naturaleza. Saturno es un mundo extraño y fascinante. Quizás uno de los menos cocidos y manoseados por nuestra ciencia y sus observadores. De sus anillos sabemos tan poco hoy día, pese a nuestro avance astronáutico, que segimos pensando cuál será su estructura, sin haber encontrado una respuesta plenamente satisfactoria a nuestras dudas. Es en realidad una estrella brillante para el ojo humano desnudo que lo observa desde la Tierra. El telescopio nos lo muestra en cambio su plena forma, con los fantásticos anillos que han apasionado a los astrónomos desde hace cientos años. La visión, las fotografías obtenidas desde Marte, nos lo ofrecen ya como un gran mundo brillante, cubierto de nubes en forma de bandas, al igual que Júpiter. Las partículas sólidas de sus anillos posiblemente son fragmentos de un gigantesco satélite, súbitamente truncado, en algún cataclismo celeste ocurrido en remotas fechas.

Señaló la pizarra magnética y en ella se trazó automáticamente la forma y color de Saturno, con sus anillos perfectamente diseñados. El profesor Samuelson, a medida que hablaba, comenzó a señalar, con la punta luminosa de su varilla, las zonas de interés del planeta.

—Vean sus anillos. Ustedes quizá saben esto, pues conviene insistir sobre ello. El primer anillo exterior es delgado y pálido, le sigue una zona circular oscura, a la que sigue, a su vez, un gran anillo ancho, brillante, deslumbrador. Éste envuelve a otro anillo interior delgado, oscuro, nebuloso. Este último aro interno es también muy translúcido. Y fuera de los anillos encontramos los nueve satélites de Saturno. Cualquiera de ellos puede ser un gran punto de destino para una nave del espacio. Entonces, desde allí, el estudio del planeta y sus anillos resultará amplio y positivo.

«Sí, todo eso está bien, pero ¿por qué Saturno? — se preguntó de nuevo el joven espectador de la conferencia—. ¿Por qué?»

Siguió escuchando la disquisición del profesor Samuelson atentamente. Derivó ésta hacia tecnicismos y problemas relacionados con el largo viaje espacial, hacia el planeta situado, en su punto más inmediato a la Tierra, a setecientos cuarenta y cinco millones de millas, durante su gran órbita en torno al Sol, de veintinueve años de duración. Un planeta como Saturno, que repentinamente atraía sobre sí el afán de los investigadores y pioneros del espacio.

Al final, el profesor Ingemar Samuelson hizo su sorprendente,

inesperada revelación a un auditorio harto indiferente hasta entonces por el tema y orientación de su conferencia.

—Señores, nuestros centros de transmisiones de señales espaciales de tipo electrónico, desde Ciudad Venus y Ciudad Marte, han hecho repetidas llamadas radiadas a otros planetas como Júpiter, Saturno, Urano, Plutón... Todas las emisiones de ondas de radio han sido simplemente rechazadas por los planetas, devolviendo señales que se limitaron a «rebotar» en el suelo planetario elegido previamente. Hasta ahí nada fue diferente a lo previsto. Decepcionó, pero nada más. Las teorías de mundos habitados paso a ser simple utopía de «ciencia ficción», no posibilidad científica o práctica. Y, sin embargo, obra en mi poder un documento curioso. Un documento que va a serles mostrado, caballeros, en la pizarra magnética, tal y como lo fotografiaron las cámaras electrotécnicas de un centro de radiotransmisión espacial de Marte.

Presionó el resorte de la pizarra y la efigie anillada de Saturno desapareció para ser suplida por otra imagen. Una imagen borrosa, rayada, como una mala señal televisada. Pero que hizo levantar a muchos con un respingo. Especialmente, al joven auditor de tez bronceada y ojos oscuros e inteligentes.

—Vean la figura fotografiada aquí por equipos técnicos de alta sensibilidad, situados en Marte continuó el profesor Samuelson, satisfecho del rumor de expectación despertado por la imagen que proyectaba ahora la pizarra magnética—. No es una caprichosa interpretación de algo casual, sino un clisé de alta sensibilidad en nuestros mecanismos más delicados y fieles. El planeta Saturno fue el que, al recibir el mensaje terrestre en forma de ondas Electrónicas devolvió tales ondas con una forma concreta... y sorprendente. Todos ustedes conocen lo que aparece ahí, ¿verdad? Y todos ustedes saben muy bien el significado de ese símbolo inconfundiblemente «dibujado» por las ondas radiadas.

Sí. Todos lo sabían bien. Especialmente, el hombre del traje blanco y la tez oscura. Porque aquel signo cruzado, con una especie de lazo en su parte superior, era el signo de la vida, la cruz ansata de los egipcios.

— La cruz ansata, sí — confesó Samuelson, con un suspiro, imponiendo el sonido de su voz a los crecientes murmullos de los que asistían a su conferencia—. Increíble y pasmoso, señores. Pero real. No puede ser una imagen casual. No puede obedecer a un capricho de las ondas. La imagen es demasiado nítida, demasiado perfecta. Algo o alguien, desde Saturno, ha enviado a la Tierra el símbolo egipcio de la vida, la cruz ansata... Y eso, justamente eso, es lo que hay que aclarar. No sólo porque la actual sede de las Naciones Unidas se halle en suelo

egipcio, sino porque esto exige tina aclaración, una respuesta. Es quizás el más sorprendente misterio que el espacio ha podido ofrecernos. Y, personalmente, puedo añadir que me siento fascinado por hallar la clave de esto. ¿Qué puede significar la cruz ansata reflejada en ondas de radio telefotografiadas, procedentes de un mundo tan distante? ¿Qué existe en común entre Saturno y la Tierra? Y ¿por qué precisamente la cruz ansata de los egipcios? ¿Por qué, señores?

Hizo una pausa. Se inclinó sobre su estrado, Y con un gesto vivaz concluyó:

— La respuesta, señores, está solamente en un lugar: Saturno, Y a Saturno vamos a ir. Sea como sea, hemos de llegar allá.

La conferencia había terminado. Pero la incógnita, la gran incógnita planteada por la palabra de Samuelson, subsistía en el aire. Y en la mente. En la mente de un hombre en especial.

La cruz ansata.., ¿Por qué?

Abandonó la sede de la ONU en Alejandría, pando cabizbajo por entre sus jardines. Estuvo tentado varias veces de volver, de buscar al profesor amuelson y solicitar una entrevista con él.

No se decidió. Siguió adelante. Oyó cruzar un turbomovil no lejos de él por la autopista del United Nations Palace. Sabía que era el del profesor Samuelson. Incluso distinguió su perfil, entre nórdico y semítico, al volante del coche. No hizo intención de ir en su busca, de llamar su atención.

Quería pensar. Pensar más en torno a aquella desconcertante incógnita sideral. Una incógnita que afectaba de cerca. Porque, a fin de cuentas, él era egipcio. Él se sentía directamente afectado por aquella imagen sorprendente, revelada por las ondas espaciales, en su retransmisión electrónica hacia un mundo lejano.

La vida y la muerte, lo eterno y lo inmortal. Todo aquello estaba representado por la cruz ansata. Podía recordar que en su familia una cruz ansata y el dibujo de una pirámide había formado algo así como un escudo o un emblema. Era como el ritual de la famiilia. Un letra T sobre la pirámide, rematada por un lazo que convertía esa T o cruz egipcia en la ansata de la vida.

Los Tanak del Bajo Egipto. Siglos de tradición famifiliar hasta llegar a los Tanak actuales, los del año2000, los investigadores, científicos o pilotos siderales. Pero egipcios siempre. Apegados, como todo pueblo grande y sensible, duro y fuerte, a su origen ancestral.

Ahmed Tanak, piloto espacial de las Naciones Unidas, no podía dejar de pensar en todo aquello. Nunca había sabido a ciencia cierta el origen del ritual familiar. Sólo sabía que allá, en el templete de su gran residencia de Assuan, no lejos de la ingente presa que un día

cambió totalmente la faz del Egipto milenario, seco y árido, se conservaba un recipiente cilíndrico con la cruz ansata grabada sobre la pirámide del escudo familiar. Y de generación en generación, de siglo en siglo, siempre se había dicho lo mismo a todos los Tanak:

— Ahí dentro está escrita la historia del primero de nuestra familia. Una historia que él no quiso jamás contar a nadie. Una historia encerrada, muda durante milenios. Porque así lo quiso el primer Tanak. Pero él dijo también que un día algo sucedería que obligaría a uno de los miembros de la familia a abrir el tubo de metal y leer el papiro donde se refiere algo. Algo del primer Tanak, algo de Egipto... y algo que jamás contó la Historia.

Ahmed conocía esa historia, ese relato del ritual encerrado en el ya viejo, mohoso tubo de metal, conservado milagrosamente durante siglos por los Tanak de todas las generaciones. Muchos debieron de sentir la curiosidad, el afán, el interés de abrirlo, de leer, de saber...

Pero todos resistieron. Y ahora, la historia aquella, por primera vez en su vida, hormigueaba en la mente de Ahmed Tanak, le intrigaba, le hacía pensar y preguntarse:

—¿Qué existe de común entre Saturno y la Tierra? ¿Qué entre Saturno y Egipto? ¿Qué, a fin de cuentas, entre Saturno y los Tanak?

La idea sonaba a grotesca, a absurda, por dondequiera que se mirase. Y, sin embargo, Ahmed Tanak no podía apartarla de sí.

Aquella cruz ansata, transmitida por radio, desde una distancia de casi ochocientos millones de millas en el espacio...

CAPÍTULO II


L aerotrén sobrevoló la majestuosidad azul del Nilo, sobre la antigua Thebas, Karnak y Luxor.

Gran parte de todo aquello era ahora la gigante presa de Assuan. Muchos tesoros ancestrales, reliquias en piedra del Antiguo Egipto, habían desaparecido bajo las aguas que dio nueva vida a Egipto. La eterna lucha entre el pasado y el presente se había resuelto con el triunfo de lo práctico. Las reliquias no podían dar de comer a un pueblo ni resolver sus problemas. Se sacrificó el esplendor del remoto tiempo faraónico a una vida mejor para el egipcio del siglo XXI.

Ahmed Tanak era un miembro de las nuevas generaciones. Como tal aprobaba aquello, aunque lamentase la pérdida definitiva de tantas y tantas cosas sin igual en el mundo. Éste era el nuevo mundo donde no cabía apenas lugar para sentimentalismos

La vida tenía constantes exigencias. Y había que responder a ellas.

A medida que el aerotrén, blanco y majestuoso sobrevolaba en línea recta el cielo egipcio hacia las zonas bajas del Nilo, en dirección a Assuan, Egipto parecía más Egipto que nunca. Ahmed suspiró, retrepándose en su rojo asiento esponjoso. El sur de los países nunca

parecía cambiar tanto como el norte Vivía más apegado a tradiciones, a cosas pasadas perdidas ya para el resto del lugar.

Sus antepasados habían vivido en Thebas, en Luxor... Luego, las circunstancias habían ido empujándolos hacia el Sur, hacia el interior de los grandes desiertos, las cataratas del gran río africano y 1a proximidad de las selvas, alternando con los mares de arena.

Ahora, allí estaba su casa, el hogar de los Tanak Y allá se dirigía él, último descendiente de los Tanak, único miembro con vida de la familia, a excepción de su abuela, la vieja Nefridi. Sus padres, sus hermanos, habían desaparecido. Sólo quedaban él y la abuela. Ella era aún la que tenía el derecho y Ia fuerza en la familia, como había, sido siempre. Ella era la que guardaba el ritual amorosamente. Y, sin su consentimiento, nadie tendría acceso a él, nadie sacaría a luz el viejo papiro.

Ahmed ni siquiera sabía por qué hacía esto. Quizás estaba perdiendo lastimosamente su tiempo, quizá le aguardaba gran decepción, un papiro viejo, ridículo, con alguna leyenda incongruente, que en su día tendría sentido, pero no ahora. O sólo el polvo de un papiro, ya vencido por el tiempo, la podredumbre, la vejez.

Y aun así, había emprendido aquel viaje desdé Alejandría. Antes de partir había dejado una nota escrita, en sobre cerrado, dentro del buzón de la vivienda del profesor Samuelson. Y por si el profesor no iba a su casa, otra nota gemela en el departamento de correspondencia de las Naciones Unidas. Una u otra misiva llegaría forzosamente a su destino. Y cuando eso ocurriera, Samuelson se preguntaría quién podía ser el loco que imaginaba que un viejo ritual familiar podía relacionarse, de alguna forma, con la señal devuelta por el planeta Saturno.

Ahmed rió entre dientes, moviendo la cabeza con escepticismo. No, aquello no podía ser factible. Resultaría demasiado fantástico. Únicamente un hombre con su imaginación, con su gran fantasía, podía haberse compuesto un cuadro semejante. Y únicamente un hombre como él podía autoconvencerse para abandonar momentáneamente su cargo en la ONU y acudir a Assuan en busca del viejo legado familiar, que seguramente nada aclararía y le pondría en ridículo frente a un frío y sagaz hombre de ciencia como Ingemar Samuelson. Un hombre del Norte, que no podía comprender la imaginación cálida de los del Sur. Y mucho menos su propensión a mezclar las cosas serias, científicas y solemnes con sus propias fantasías de hombres de raza oriental y mediterránea.

Pero no se arrepentía de aquel viaje. Todavía no. Porque, de no haberlo hecho, Ahmed estaba seguro de haber sufrido constantemente la duda, la inquietud de preguntarse si, por mía vez, no estaría en lo

imposible la posible explicación lógica a un gran enigma espacial como aquel que les planteaba el planeta de los anillos.

Suspiró, reclinando la cabeza en el asiento. Sus ojos se deslizaron por los ocres, verdes y azules de las planicies desérticas, los oasis y la gran presa, que irrigaba enormes zonas, antes cubiertas de arena improductiva, ahora vergeles de exuberancia y productividad.

—Dios quiera que haya algo de cierto — se dijo entre dientes—. Pero si realmente lo hay... ¿qué va a suceder entonces?

Y eso casi le dio más miedo que la posibilidad de que todo fuese una simple imaginación suya sin base sólida.

CAPÍTULO III



E modo que quieres leer el ritual de los Tanak, hijo?

—Sí, abuela — afirmó Ahmed, con valor, irguiendo su figura varonil, arrogante y fuerte—. Quiero leerlo.

Hubo un silencio. La anciana inclinó su cabeza de cabellos nevados, su rugoso rostro, viejo y bronceado. Sus manos largas,

sensitivas, se crisparon en el sillón.

— Eres el primero de la familia que pide tal cosa durante casi cuatro mil años — manifestó lentamente al fin—. ¿Lo sabías, Ahmed?

— Sí, Lo sabia, abuela Nefridi.

— ¿Ya pesar de ello insistes en leerlo?

— Sí.

— ¿En abrir el sello de ese cilindro con cuatro milenios?

— Eso es, abuela.

— ¿No te asusta lo que puedas hallar dentro?

— No. Creo que está demasiado lejos de mí y de mi tiempo para que pueda sentir miedo, abuela,

—Pero, sin embargo, a pesar de la distancia que separa de ese papiro encerrado, quieres abrirlo, ponerlo a la luz, leer lo que tu antepasado escribió él.

— Sí, abuela. Quiero leerlo. Para eso he venido.

— ¿Y qué esperas? ¿Que yo te autorice a ello?

—No lo espero, abuela. Sé que esto es un paso trascendental en la historia familiar. Pero trataré explicarte por qué...

— No me expliques nada — cortó la anciana, levantando una mano.

— Pero, abuela...

—Eres un hombre joven e impulsivo. Tienes imaginación, quizá demasiada.

— Abuela, yo...

Pero también eres un Tanak. Y un científico, héroe de la ciencia y de la técnica—continuó con orgullo, mirándole con la cabeza muy éreguida—. Eso me enorgullece, Ahmed, hijo.

—Gracias, abuela. Precisamente por...

—Déjame terminar — habló ella pausadamente—, tú has venido desde Alejandría dejando tu cargo o obligaciones para abrir ese cilindro es porque tienes poderosas razones para ello. ¿Me equivoco, Ahmed?

—No. No te equivocas, abuela.

—Lo celebro. Entonces, hijo, ve adentro — señalando la cámara del fondo del templete del jardín en el se hallaba ella sentada, frente a los macizos de y las palmeras que, como un oasis artificial, rodeaban de esplendorosos verdes la casa—. Ya sabes dónde reposa el ritual. Abre el tubo. Lee el papiro- Y si algún uso has de hacer de ello, hazlo. Eres un Tanak. El último de todos. Tienes derecho a obrar según juzgues. Y que Dios te bendiga, hijo.

— Abuela, nunca agradeceré bastante tu comprensión.— Se

inclinó, besó su frente y oprimió con ternura su mano rugosa—. Quizá voy detrás de una sombra, de una imaginación mía, sin fundamento. Pero, si no fuera así, quizás asistiríamos a una revelación asombrosa y tremenda en la historia de la humanidad.

— Ve con Dios, Ahmed. Y que sea lo que Él quiera.

Ahmed Tanak avanzó hacia el fondo del templete. Le temblaban las manos, sentía la boca seca.

Por primera vez en cuatro mil años el secreto iba a revelarse. Un Tanak leería lo que el capitán Tanak, de la guardia real del faraón Seti I, había escrito sobre un largo papiro, en el pasado del mundo.

* * *

Aquélla era la historia...

Ahmed Tanak se pasó la trémula mano por el rostro. Estaba pálido, sudoroso, con los nervios excitados.

La lectura del jeroglífico remoto no había resultado demasiado difícil. Tanak dominaba las viejas lenguas de su patria. Pero el contenido de aquel relato largo, minucioso, y apasionado e intenso a la vez...

Fechas, horas, lugares, aparecían perfectamente delimitados, según el lenguaje de su antepasado. La mente rápida y vivaz de Tanak se hacía cargo de ello de una forma aproximada. Estaba seguro de poder concretarlo todo, en un estudio más delicado y profundo de aquel texto.

Pero había cosas en el relato que no precisaban de estudio. Cosas claras, concretas, increíbles...

Cosas de un alucinante y aterrador significado.

— Dios mío...—musitó Ahmed Tanak, inclinando la cabeza, despeinado y exhausto tras la larga lectura—. Dios mío... ¿Podrá alguien creer esto?

Se puso en pie, cruzó el templete y llegó al jardín. Había anochecido. Era noche cerrada. Una luz en el edificio anexo le mostró el lugar en que se hallaba su abuela ahora, quizás a punto de retirarse a descansar.

Ahmed cruzó el sendero entre el aroma a flores y a palmeras, con el papiro en sus manos, enrollado, casi estrujado por sus dedos.

Levantó los ojos. Contempló las estrellas lejanas, aquellas mismas estrellas que tan familiares le eran. Y que ahora, de repente, le parecían desconocidas, misteriosas, burlonas, como si se mofaran de sus dudas e interrogantes.

Parpadeaban en el denso azul, igual que si se rieran de él y le gritaran:

— ¡Tonto! ¿Creías que eras el primer Tanak que supo de la llegada del hombre a los planetas y los mundos? ¿No sabías que otros, hace miles de años, nos visitaron ya?

Se estremeció y se detuvo junto a una palmera. Se apoyó en el tronco. Respiró con fuerza. De nuevo miró a las luces del espacio. Ahora ya no le parecieron burlonas, sino indiferentes.

Ahmed Tanak había buscado la respuesta en el pasado. Y el pasado se la había dado. Tan rotunda, tan categórica, que le había dejado sumido en un mar de indecisiones y perplejidades.

Lo que temiera se había cumplido.

Por eso ahora la pregunta era aún más terrible que ninguna otra:

— Y ahora... ¿qué?

Esa respuesta no estaba en las estrellas, ni en el papiro de los Tanak. Quizá tan sólo en la imagen televisada de una cruz ansata que llegó a los receptores electrónicos de Marte desde el lejano Saturno

— Y ahora... ¿qué va a suceder?

CAPÍTULO IV



HORA ¿qué va a suceder, señor Tanak?

Ahmed miró fijamente al profesor Ingemar Samuelson. Vacilante, preguntó, señalando el papiro que el profesor mantenía ante sus ojos, menudos y escudriñadores:

— Pero... pero ¿usted cree positivamente en eso?

— ¡Diablo, he estado esperando con impaciencia su regreso de Assuán, según me indicaba en su nota, para comprobar lo que hallaba! — masculló el sueco—. ¿Y aún me pregunta si creo en esto? ¡Es un papiro auténtico del mil quinientos o mil seiscientos antes de Cristo, señor Tanak! ¡La escritura es legítima, y de la misma antigüedad que el papiro! ¿Cómo no voy a creer la palabra de un hombre que, desde esa distancia en el tiempo, me dice que ha visto a alguien subir hacia el espacio en una nave con forma de pirámide, accionada por algo que él llama aquí Nueva Energía y que muy bien pudo ser una forma de energía nuclear o algo todavía superior, una fuerza motriz extraída de la naturaleza y que nada tenía que ver con las actualmente conocidas?

— Pero... pero profesor, si alguien realmente descubrió algo así, ¿por qué Egipto no se aprovechó de ello, por qué la Historia no ha recogido alguna crónica relativa al prodigio?

— Mi querido Ahmed Tanak, los antiguos chinos ya habían creado cohetes de gran impulso, con fines bélicos, pero el secreto de su técnica murió con su civilización y hubo que volver a descubrir un sistema en los tiempos más modernos. En otras civilizaciones hubo siempre grandes hallazgos humanos, científicos o técnicos, que la torpeza de los gobernantes, las envidias y la incomprensión de las gentes, malograron, borrándolos totalmente para la posteridad. Éso debió de ser el caso de la Nueva Energía de Zoxor, así como de su aplicación a una nave de creación primitiva que quizá ni siquiera llegó a su destino jamás.

— Sí, he pensado en esa posibilidad, profesor — aceptó Ahmed, pensativo.

— Pero entonces seguimos teniendo la incógnita de esa cruz ansata enviada por ondas de radio — farfulló Samuelson.

— Pueden ser dos sucesos sin conexión, profesor. Yo pensé que podía existir una relación con el emblema de nuestra familia, aún no sé por qué… y quise conocer el ritual.

—-Si quiere que le diga una cosa, Ahmed, le confesaré que, aunque soy hombre de ciencia, a veces me guío antes por las corazonadas que por la fría lógica. De modo que, a la vista del papiro que me ha proporcionado y aun a sabiendas de que toda la organización discutirá y rebatirá mi tesis, llamándome visionario… creo en la historia de su antepasado.

— Pero, profesor…

— Y añadiré algo más. Creo que llegaron realmente a un lugar en el espacio. Y a ese lugar vamos a ir nosotros, Ahmed Tanak. ¡Yo iré en persona con alguien que me acompañe voluntariamente!

— ¿A Saturno, profesor?

— Sí, a Saturno. Seré el primer viajero que parta hacia allá. Y no me importará lo que diga la gente contra mi proyecto. Iré con el piloto espacial que acepte acompañarme.

— Profesor, yo soy piloto espacial de las Naciones Unidas — habló Tanak.

— ¿Y bien?—-el profesor Samuelson le miró fijamente.

-—¿Necesito quizá decirle más? — sonrió Ahmed.

El profesor meneó la cabeza con expresión ceñuda, pero risueña a la vez.

— No — declaró —. Creo que no necesita decirme nada más.

Ahmed Tanak no necesitó decirle nada más a Ingemar Samuelson, de la Asociación de Astronáutica de las Naciones Unidas.

Los preparativos llevaron algún tiempo. Y un día, casi un año después de aquella entrevista de ambos, al regreso de Ahmed de Assuán…

* * *

La nave espacial, diseño revolucionario en la navegación sideral, ideada por el propio profesor Samuelson, partió del espaciódromo de Ciudad Marte justamente a principios del año 2005.

Su velocidad y su rumbo estaban previstos. Su sistema de propulsión a fotones le permitiría salvar en un período mínimo de meses la distancia hasta Saturno.

En la nave viajaban el profesor Samuelson, su auxiliar, Gaar Larson, y Ahmed Tanak.

Nadie más. El viaje espacial, aunque adscrito al programa experimental de las Naciones Unidas, tenía un carácter de ensayo privado. Lo que sucediera en aquella travesía era de la total incumbencia y responsabilidad del profesor Samuelson, director de la expedición.

El profesor había estudiado exhaustivamente el papiro de Tanak, descubriendo en él indicios y datos que permitían, calcular que el planeta situado idealmente parra que una nave lanzada en aquel período del año citado, a una velocidad calculada aproximadamente, sin muchas garantías de acierto, llegara a él, podía ser, efectivamente, Saturno. Pero también podía haber sido otro.

Muchos problemas, como el aire respirable para los viajeros siderales, como el metal de que pudo ser hecho en aquellos tiempos el vehículo del espacio para soportar la fricción atmosférica, hasta salir del espacio terrestre, y la ausencia de rampas de lanzamiento o de cuerpos de cohetes provistos de energía propulsora, formaban una serie de complejos problemas para Samuelson que éste confesaba no ser capaz de resolver.

—La Nueva Energíá, posiblemente resolvió una serie de cuestiones que nos parecen insolubles hoy en día —había confesado Samuelson poco antes de partir—. Pero no puede allanar todos los obstáculos, por poderosa que sea. Ese Zoxor era un genio… o las cosas resultaron casualmente bien, hasta un punto inadmisible como fortuito. De cualquier modo, si los viajeros del antiguo Egipto fueron capaces de salvar los obstáculos que se oponían naturalmente a un lanzamiento al espacio, sería preciso creer en los milagros. Y en la fortaleza del propio ser humano, considerándolo superdotado.

Cuando un hombre como Samuelson afirmaba tal cosa, no cabía duda de que tenía su fundamento para admirar hasta tal punto el esfuerzo del hombre, como máxima fuerza motriz, capaz de mover su voluntad y llevarle a los más lejanos e inaccesibles destinos.

La nave ligera, aerodinámica y simple, con el emblema de las Naciones Unidas en su fuselaje, partió del espaciódromo marciano como un vehículo más de los muchos que hendían el espacio en aquella era de maravillas mecánicas-.

Sólo que el «Argos» llevaba un rumbo más remoto y problemático que los vehículos ya destinados a líneas fijas, en las carreteras sin forma de los espacios cósmicos:

Saturno.

* * *

Después, había llegado el desastre.

Fue meses más tarde, cuando la expedición, tras su larga travesía por el vacío, monótona y sin emociones, contra lo que muchos hubieran podido creer, avistó la forma inquietante del astro rodeado de anillos.

La nave «Argos» había funcionado bien durante todo el interminable viaje. Los mecanismos de a bordo, sus reservas de energía, con las baterías alimentadas por la luz solar, así como los proveedores de oxígeno y los sistemas de alimentación automática de los viajeros, habían ido a la perfección, sin el más leve fallo.

La nave se aproximó a Saturno describiendo una ancha órbita, sorteando sus nueve satélites, el mayor de los cuales, Titán, era mucho mayor que la Luna terrestre.

Pero hubo un trágico imponderable entonces.

Quizá los colosales anillos del espacio, en su eterno abrazo a Saturno, emitían radiaciones magnéticas de alta intensidad. Una de esas radiaciones cogió al «Argos» de lleno. Inmovilizó sus mecanismos, sus indicadores de control y cuanto era imprescindible para el perfecto manejo de la nave.

Samuelson, Tanak y Gaar Larsen lucharon denodadamente por reparar el mal. Todo fue inútil. Larsen fue el primero en advertir el caos. Lo avisó con voz descompuesta:

—¡La nave se precipita hacia el suelo! ¡Vamos hacia Saturno, nos pulverizaremos al entrar en su atmósfera a esta velocidad!

Samuelson, a la desesperada, movió los sistemas de freno de antipropulsión. Todo resultaba estéril para solucionar la angustiosa situación. La nave seguía cayendo como un aerolito.

Tanak, mientras luchaba por dominar la nave, inclinado sobre los mandos, vio en la pantalla del televisor de a bordo la gigantesca forma de Saturno, que se aproximaba veloz a ellos. Y el anillo, creciendo y creciendo, hasta formar una extraña pared de fragmentos rocosos, girando vertiginosamente en los cielos, en ráfagas de impresionante belleza, pero también terriblemente peligrosas para lo que pudieran alcanzar. La luz solar y la emitida por el propio planeta daban a los anillos o bandas de fragmentos cósmicos una gama de reflejos, luces y ondas irisadas realmente fantasmagóricas.

Pero ni Tanak ni los demás se hallaban en situación de admirar tales bellezas. Su lucha por evitar el caos continuó. Pero éste era inevitable. Con serias dificultades, lograron salir del campo gravitatorio de Titán. Luego entraron de lleno, dando tumbos, en el campo de gravedad de los aerolitos o meteoros que formaban los anillos.

Crujió el metálico fuselaje, dieron varios tumbos y, finalmente,

una corriente magnética de mayor potencia pareció absorberles, chupar virtualmente el «Argos, que brincó en medio del mar de fragmentos flotantes para precipitarse como un bólido sobre uno de los fragmentos rocosos, uno que centelleaba con tonos azules, de mayores dimensiones y distinta estructura a los demás meteoros que, por millones, formaban los aros de Saturno.

—¡Ahmed, trate de salvarse!—gritó Samuelson, descompuesto—. ¡La nave no resiste ya más!

Ahtned Tanak, mortalmente pálido, se volvió hacia el profesor, que luchaba con Larseñ para taponar los orificios y grietas del muro metálico del «Argos», por los que el vacío exterior absorbía el aire respirable. y llenaba el interior de la nave las gláclales temperaturas del exterior, basta neutralizar totalmente la calefacción interna.

Ahmed se ajustó rápidamente su capucha-escafandra y cerró los pasos térmicos de su traje espacial. Aislado así del frío, corrió para ayudar a Samuelson y a Larsen.

Al hacerlo, ocurrió lo providencial.

La nave sufrió otro zarandeo, muy cerca ya, según la pantalla del televisor, de una superficie cristalina sin fin. Aquel volquetazo le arrojó a un lado, contra una puerta metálica de la cabina ele controles del «Argos».

La puerta se abrió por el impacto, giró la manivela, y Tanak rodó al interior. Era el compartimento estanco de emergencia, que funcionaba automáticamente al penetrar alguien en él.

Nada más tocar Tanak con sus pies en la plataforma metálica que formaba el suelo circular de la cabina; ésta se desprendió y salió disparada del «Argos»... justamente en el instante en que ya el cristalino suelo chocaba violenta, brutalmente, contra el morro de la nave «Argos»...

Ni Samuelson ni Larsen pudieron hacer nada por evitarlo. Ni tampoco por evitar su muerte. No llegaron a advertir siquiera que la casualidad, jugando milagrosamente en favor de Ahmed, había lanzado a éste con una cápsula flotante de emergencia, que planeó suavemente por encima del planeta cristalino en cuyo duro y diamantino suelo acababa de estrellarse el «Argos».

Tras aquel planeo suave, durante el cual las tubinas de emergencia de la cabina lucharon contra la tremenda fuerza de atracción del pesado aerolito, la cámara que contenía a Ahmed sufrió otro impacto contra unos muros de basalto, se arrugó el metal considerablemente y la cápsula quedó inmóvil sobre el extraño y silencioso mundo.

Así terminó la expedición Samuelson a Saturno, busca de la confirmación a una fantástica teoría. Pero un hombre vivía aún. Un

hombre que continuaría la aventura hasta su fin.

TERCERA PARTE

Después del prólogo…

CAPÍTULO PRIMERO



RA verdad, hombre. Y tú has venido... porque tenía que ser así.

Eso me había dicho aquella voz, a mi espalda. Y yo me volví. Me volví, sin pensar siquiera en el hipotigre muerto, ni en las pirámides cristalinas, descubiertas en n los anillos de Saturno.

Entonces vi a quien había hablado. Mientras, mi mente, retrocediendo en el tiempo, en el espacio, en lo historia del hombre, había1 evocado lo que el capitán Tanak escribió en un viejo papiro... y lo que un descendiente de aquel capitán del faraón hizo en el año 2004 para descubrir el secreto de sus antepasados y el de una rara imagen enviada por ondas radiadas desde Saturno,

Ahora, ese hombre estaba ya en Saturno. Ese hombre, Ahmed Tanak, era yo. Y, ante mí, estaba la persona que había hablado en mi propia lengua, allá en Saturno.

Era... era una mujer.

* * *

— ¿Quién eres tú, que hablas mi lengua?

— ¿Y quién eres tú, que me contestas en ella y, sin embargo, no perteneces a este mundo?

— Mi nombre es Ahmed. ¿Y el tuyo?

— Lota.

— ¡Lota! — Mis pies vacilaron, pese a la dureza inmutable de aquel suelo de diamante —. ¡Oh, no! No : es posible!...

Mi palidez, mi crispación, debieron de inquietarla. Me miró con asombro, con alarma. Era hermosa; morena, broncínea, arrogante. Una mujer puramente terrestre. Una mujer bellísima. Sus ropajes de color plata eran extraños. Pero siluetaban su mágica figura érguida y grácil frente a mí.

—¿Qué te sucede, extranjero? — me interpeló—. ¿Por qué te asombras? Yo debiera sorprenderme de : verte aquí, en mi mundo. Y ya ves: no me sorprendo.

Hablaba un lenguaje egipcio raro. Musical, florido, extraño. Me

recordó una vieja melodía, un murmullo exótico o algo así. Lota hablaba... en egipcio antiguo.

— Lota...— musité con voz ronca—. Lota... es el nombre de una mujer que vivió hace cuatro mil años, allá en mi mundo.

— ¿Cómo sabes eso, extranjero? — preguntó ella, sorprendida —. ¿Quién te habló de ella?

— Un ritual familiar. Tú no entenderás eso. Pero alguien, entonces, escribió la historia de un amor imposible. Un amor que escapó a las estrellas, Lota... No sé si fuiste tú. No sé si aquí, en Saturno, los seres pueden vivir miles de años... No sé nada. Pero presiento que creeré cualquier cosa que oiga de tus labios. Porque ninguna puede ser más increíble que tu presencia aquí:

— No temas — sonrió ella —. Si te refieres a que puedo ser terriblemente vieja, y vivir con apariencia de eterna juventud, te equivocas. Mi raza buscó durante siglos ese pretendido manantial de juventud en Isis...

— ¿Isis?

— El mundo a que pertenecimos. — Ella señaló un punto en el cielo—. El mundo del cual nos desprendimos, pasando a formar parte de estos anillos.

Entendí. Isis era el nombre que ella daba al satélite Titán. Me sentí confundido. Titán se había desgajado, desprendiendo un fragmento. Aquel en que estábamos ahora ella y yo. Quizá eso explicaba la existencia de anillos. Otros satélites también debieron desintegrarse durante el transcurso de millones de siglos.

Pero eso era secundario ahora. Era ella, Lota, la que me interesaba, la que me fascinaba con su increíble presencia en el mundo remoto e ignorado.

— Pero nunca hallamos ese manantial — sonrió Lota, mirándome fijamente—. Los seres nacemos y morimos, como todos.

— Como todos, sí... — suspiré—. Tampoco en la Tierra hallamos nunca el manantial de juventud. Ni creo que exista, salvo en nuestros corazones.

— Hablas de una forma extraña, extranjero. Pero entiendes mi lengua, te haces entender por mí... y hablas de una mujer, Lota, que vivió hace miles de... ¿de años, has dicho?

— Sí — asentí —. De ella hablo. De su tierra vengo. Yo soy de Egipto, Lota. Un Egipto diferente al que conocieron tus antepasados. Pero el mismo del que, un día, dos seres llamados Lota y Anaret huyeron hacia el espacio, por primera vez en la historia de la humanidad.

— ¡Oh! — ella me miró con creciente estupor. Como si yo

fuera un dios o algo así—. Entonces tú... tú vienes de la tierra de los faraones, extranjero. Del lugar de donde nuestra raza llegó a estos mundos, en el pasado...

— Sí, Lota — incliné la cabeza, dominando mi emoción—. De modo que era eso, a fin de cuentas. Era cierta mi teoría. Una nave primitiva, rudimentaria... pero movida por una energía que el hombre todavía no ha superado, ni siquiera igualado. Una energía que fue, a la vez, propulsora y protectora de la endeble forma astronaval, que debió formar una envoltura magnética protectora en torno a la vieja nave de forma de pirámide... Era eso, Lota. Y tú... desciendes de ellos. Tú, como yo, eres una de las que continúan una raza... la misma raza en ambos, pero separada por millones y millones de millas en el espacio.

—Dijiste llamarte Ahmed — susurró ella, pensativa —. Pero sabes tantas cosas de nosotros, para venir de tan lejos... Hablas de cosas que incluso nosotros nunca creímos del todo, pero que están escritas en el libro de la vida que el gran Anaret y su esposa Lota dejaron en el templo de la nueva humanidad.

—¿De modo que existe un templo consagrado a los nuevos continuadores de la especie? ¿Y un libro de la vida escrito por los dos pioneros del espacio? —. Me encogí de hombros, con aire abatido. —De no ser tan asombroso, tan increíble y tan gigantesco… resultaría cómico Lota.

— ¿Quién eres realmente? — Insistió ella, acercándose a mi —. Cuando te vi en peligro ante aquel hipotigre, no pude contener mi impulso de ayudarte, de salvar tu vida, aun cuando no te conocía, y aquí hemos aprendido que todo el que venga de otros lugares del espacio puede ser un enemigo… ¿Quién eres? ¿Por qué me intrigas y me atraes extranjero?

— Quizá porque mi nombre no es solamente Ahmed. Quizá porque yo también soy como una semilla perdida en el tiempo, que ha sobrevivido a su época y al pasado de los hombres. Porque mi nombre completo Lota, es Ahmed Tanak. ¿Te dice algo ese nombre?

— Tanak… ¡Tanak! — Lota abrió mucho los ojos, contemplándome como una figura irreal —Oh, gran dios Amón, único y verdadero… Tanak… Como el gran Tanak, hijo primero de Anaret y Lota, en el tiempo uno de nuestro mundo… Como el espíritu de justicia, amor y fe de Tanak, que movió a nuestros primeros padres a llegar a este lugar en los cielos. Tanak, tu nombre está en el libro de la vida. Y el dice que llegarás para devolver a nuestra raza su poder y su vitalidad que llegarás para aplastar la injusticia, un día cualquiera en el futuro. Un día que puede ser el de hoy, Tanak… ¿Dime, eres realmente Tanak… o estás engañándome como una fantasía?

— Ahmed Tanak es mi nombre— dije, gravemente—. Y

escuchándote, comprendo lo inescrutables y grandioso que son los designios de Dios y los designios que sus creaturas tienen trazados.

— ¿Qué quieres decir con esas palabras?

— Que tuve que ser yo entre millones de seres, quien se interesara por la ciencia del espacio, quien perteneciera a las Naciones Unidas, quien oyera la conferencia del infortunado profesor Samuelson, hablando de una cruz ansata enviada por el espacio… para que emprendiere el viaje hasta aquí, para que me encontrara contigo Lota. Como si, al cabo de los miles y miles de años transcurridos, algo permaneciera fiel, inmutable, hermoso en su grandeza: el amor, la fe entre los humanos, estén donde estén. Y el nexo invisible entre seres como Lota y Tamak… Ambos conservamos sus nombre, quizá sus propias caras, nunca sabremos eso. Ni hará falta saberlo. Pero aquí estoy yo. En un asteroide de Saturno, provisto de aire respirable, rodeado de pirámides a semejanza de los egipcios, hablando con una mujer de Egipto. Que aún conserva trazos de nuestro milenario país. Es inaudito, Lota. Inaudito. Pero tú jamás lo entenderás.

— Creo entenderte muchas cosas, oyendo tu voz. — confesó ella—. Aunque no todo lo comprenda, porque permanece borroso para mí.

— Estaba escrito Lota. — señalé las estrellas, con mano trémula. Estrellas radiantes, nítidas, gigantescas, flotando sobre nosotros en el cielo negro de los espacios sin fin. Estrellas cuya belleza radiante no ocultaban la atmósfera tenue, alada de aquel fragmento de Titán. Estaba escrito ahí, en esos astros, que tú y yo habíamos de encontrarnos... para no separarnos jamás.

— ¿Qué... qué quieres decir? —El seno de ella palpitó, bajo el tejido plateado, de extraña estructura.

— Que confío en que algún día me ames, como yo sé que voy a amarte a ti, como advierto que te estoy amando ya — murmuré, sin quitar de ella mis ojos, viendo reflejadas las estrellas en sus pupilas, hondas como las aguas del Nilo, allá en Assuan—. Y que tengo fe. Fe en estar a tu lado, en quedarme por siempre aquí, sin volver a mi mundo. Pero feliz por haberte encontrado...

— ¡Oh, no, eso no! — súbitamente, algo volvió a sus ojos. Una especie de miedo, de terror acaso—. ¡No hables de quedarte! ¡Debes volver! ¡Volver a tu mundo en seguida!

— Lota... —la miré, dolorido—. Eso significa... ¿que no soy bien recibido? ¿Deseas realmente que me marche?

— Sí... ¡Debes irte!—Miró en tomo, angustiada. Pero todo seguía en silencio, solitario, frío y yerto—. ¡No puedes quedarte aquí, en Isis! ¡Toma tu nave, la misma que te trajo hasta mí, y parte de

nuevo!

— Imposible — manifesté—. La nave se ha perdido. Se destrozó sin remedio, Lota. Estoy condenado a quedarme aquí... aun contra tu voluntad.

— ¡Oh, Amón, protégenos!—jadeó ella. Y las lágrimas resbalaron por su faz de esfinge prodigiosa.

— Pero ¿por qué lloras? ¿Qué significa esto?

— Significa Tanak... que tú y yo vamos a morir. Como han muerto todos en este lugar...

CAPÍTULO II



UERTOS! ¡Todos muertos!

La idea barrenó mi cerebro con una agudeza de una púa

helada, diamantina. Giré la cabeza, absorto, convulso. Mis ojos contemplaron, con un horrorizado respeto, aquella gran ciudad funeraria compuesta de vítreas pirámides. Aquel mundo desierto, silencioso, frío y muerto.

Estaba rodeado realmente de tumbas, era evidente. En un mundo sin vida ni aliento. Aquel silencio, a mi llegada, aquella sensación de total soledad... Sólo un hipotigre furioso, quizá hambriento. Y Lota...

Pero ¿por qué ella?

La miré. Estaba muy pálida y sollozaba. Su cuerpo, adaptado al frío glacial de aquel mundo, no parecía sufrir los efectos de la atmósfera. Pero sí de su propia angustia.

— ¿Por qué, Lota? ¿Por qué dices que todos han muerto? Tú vives... Habrá otros...

Ella negó. Lenta, terriblemente serena.

— No, Tanak. No vive nadie. Has llegado tarde. El libro de la vida se engañó. No puedes dar la vida y la fortaleza a nadie. Sólo quedo yo.

— Y ¿por qué tú, Lota?

— Porque Amón respetó mi vida milagrosamente. No sé si para que pueda cumplir el sagrado deber de rezar, de orar por los muertos y cuidar de sus cuerpos incorruptos. De cualquier modo, existo, aunque esté sola.

— Y esto, todo esto... — señalé en torno, a las pirámides cristalinas, prodigiosas, realizadas en la materia esplendente de aquel fragmento planetario que circunvalaba la gaseosa esfera de Saturno—. ¿Es una necrópolis, una ciudad fúnebre, a estilo de la de Gizeh?

— Gizeh... — ella entornó los ojos, soñadora—. Hablan también de ese lugar en el libro de la vida. Y, al parecer, contra Gizeh se edificó esto. No, Tanak, no estás en un gran cementerio. Anaret decía en el libro de la vida que sus hermanos de Egipto crearon pirámides para la muerte, buscando a Amón con su verticalidad hacia los cielos. Y Anaret, que debía la vida a una pirámide, dedicó aquí las ciudades a la vida; se hicieron las casas en forma de pirámide ya que, si acercan a Dios, también son símbolo de vida. Así dijo, y así lo hizo. Pero, con los siglos, las viviendas de forma de pirámide dejaron de ser del gusto de nuestro pueblo. Se hicieron otras ciudades. Y éstas quedaron como prueba de nuestro pasado, como gloria y recuerdo a Anaret y a Lota, nuestros primeros padres en Isis.

— Entiendo...—Me pasé una .mano nerviosa por la caperuza plástica, antes de preguntar —: ¿Dónde están, entonces, vuestras ciudades?

— Sígueme — susurró Lota—. Yo te las mostraré. Si no puedes

volver a tu mundo, a fin de cuentas, todo importa ya poco. Sólo podemos esperar aquí a que la muerte llegue.

— Sólo esperar...—respiré con fuerza, haciéndome a la terrible idea. Nosotros, los egipcios siempre tuvimos un gran espíritu ante la muerte. Pero quizá fue en épocas remotas. No me hacía gracia la idea de morir—. Está bien, Lota. Vamos allá.

Echó a andar. Su paso era breve, grácil, arrogante. Imaginé que la antigua Lota no pudo ser más bella que esta de ahora. Resultaba tan fácil amarla, que comprendí y disculpé la ceguera que llevó a mi antecesor Tanak a desobedecer las órdenes del faraón.

La seguí por los senderos de cristal durísimo de aquel mundo diamantino. Las pirámides, el bellísimo y alucinante conjunto de las formas piramidales, de irisados reflejos y caras cristalinas, quedaron atrás.

Un sendero descendía, formando un canal en la piedra vítrea. Describía una cerrada curva, frente a dos promontorios de basalto, salpicados de prismas, poliedros y aristas de cristal diamantino, centellantes y hermosos.

Al volver la curva, me llevé la nueva y gran sorpresa.

Estaba en la moderna ciudad de Isis. En el lugar de donde procedía Lota, la mujer fantástica que sobrevivía en un mundo muerto.

Jamás se ha utilizado mejor y más gráficamente una expresión:

Un mundo muerto.

Muerto por completo. Total, absoluta, inapelablemente muerto. Morían las palmeras, inexplicablemente alzadas en aquella especie de oasis fantástico, levantado en medio de un desierto de diamante duro y frío. Sus troncos, de un color enfermizo, se combaban. Sus hojas, resecas y yertas, colgaban, desprendiéndose en algunos puntos, como carne podrida de un ser leproso.

Los hermosos edificios de basalto, de diamante tallado por orfebres de la arquitectura, por auténticos joyeros de la edificación, ofrecían sus terrazas, cuajadas de jardines secos y agostados, de arriates abandonados y grisáceos... Las amplias avenidas, que recordaban las rutas flanqueadas de estatuas y esfinges de Karnak, en su época de mayor esplendor, ofrecían sus desiertos pavimentados de basalto, salpicado por centelleos del diamante duro de aquel suelo hostil, mágicamente cultivado por los seres de Isis, utilizando métodos que quizá jamás llegaría a conocer ni a imaginar siquiera.

Aunque tal vez no fuera justo decir que la ciudad estaba desierta.

Y eso era, a fin de cuentas, lo más terrible. Porque ellos estaban allí. Se les podía ver, apoyados en las balaustradas de basalto, en los

parterres resecos, en mullidos asientos de fibras de colores, como en una siesta graciosa y estival. En las calles, sentados en sus aceras majestuosas o apoyados en los muros rosados y blancos, por todas partes se veían habitantes de aquella ciudad.

Pero todos estaban muertos.

Era una estampa de pesadilla, un aquelarre alucinante, un fantasmagórico y atroz espectáculo, presagio de lo que serían los mundos, una vez extinguida la vida en ellos.

Los hombres, las mujeres, con ropas esplendentes, doradas o azules, plateadas o rojas, de extraña y graciosa línea, eran como estatuas, como momias intactas, frías y rígidas, incorruptas... pero no por ello menos muertas.

Una muerte atroz, insospechada y terrible, debió de sorprenderles un día cualquiera en aquellas calles, jardines y terrazas. Y así se quedaron. Sin saber siquiera lo que pudo suceder, murieron en sus lugares de ocio o trabajo, de recreo o de obligación. La ciudad quedó así. Fría, muerta, aniquilada por el horror inexplicable.

Pero, de nuevo, la pregunta lacerante volvía, martilleaba mi mente con una insistencia angustiosa:

¿Y Lota? ¿Por qué solamente vivía ella?

Me volví. Descubrí su rostro pálido, horrorizado, contemplando entre tierno y desolado a los seres que sin duda fueron sus amigos, sus vecinos, sus familiares tal vez. A los seres que no se movían, que no miraban sino al vacío, a la nada...

— ¿Por qué, Lota? ¿Por qué tú permaneces viva entre esos miles? ¿Por qué existes, entre tanto muerto?

Ella se volvió lentamente hacia mí. Me miró con vaguedad, como si yo fuera algo lejano. Como si supiera de mí, sin tenerme cerca de ella, en carne y hueso.

—Amón lo hizo — suspiró, sin aclararme nada—. Y me pregunto cómo pudo ser y por qué. Quizá porque tú y yo teníamos que encontrarnos antes del momento final.

— ¿Llevas mucho tiempo en vida... rodeado de... de «esto»? —inquirí, trémulo.

— No, Tanak. Y eso es lo extraño. Apenas son siete jornadas.

— Siete jornadas... Y esos muertos permanecen sin corromperse, sin alterarse. Pero, Lota, ¿cómo sucedió? ¿Y cómo te libraste tú?

— El soplo del viento azul llegó una mañana. Una hermosa mañana, como todas las de la vida. Y el soplo azul los aniquiló. Petrificó sus cuerpos, los momificó en vida, aniquilándoles el aliento, la existencia toda. Fue una muerte rápida y dulce. Pero terriblemente

cruel. Porque ellos eran felices, todos éramos felices aquí. Y tuvo que soplar ese viento azul y destruirnos.

— ¿Un viento azul que mata en masa, y sin dejar señal de violencia? — me sentí perplejo—. ¿Cómo sabes que fue eso? ¿Viste suceder todo esto, Lota?

— Lo vi, Tanak. Lo vi, llena de horror. Y nada pude hacer por evitarlo. Ni siquiera pude salir a tiempo para unirme a su muerte colectiva. Cuando salí, aquella huracanada nube de polvo azul había pasado... y la muerte era todo lo que había en la ciudad. Escapé, horrorizada. Comprobé que me sentía bien, que no sufría dolor alguno. Continuaba siendo yo, Tanak. Y me resigné. Acepté mi destino sin desesperarme. Hablo con los muertos, me paro junto a ellos, acaricio la cabeza de un niño o saludo a una vecina, cuando entro a adquirir comida a las tiendas donde nadie sirve. Dejo mi dinero, como si alguien fuese a recogerlo. No quiero pensar en qué clase de lugar vivo. En qué clase de lugar he de morir cuando los alimentos se terminen o se pudran... o cuando mi razón no soporte más.

— Te entiendo. Te entiendo y te compadezco, Lota.

Hay que ser muy fuerte para no enloquecer aquí. — Miré a los seres inmóviles, estremeciéndome. Cerré los ojos—. Dios mío, el viento azul...

— Yo estaba entonces dentro de la pirámide de Isis, Tanak.

—¿La pirámide de Isis — abrí los ojos, casi violentamente y los fijé en ella—. ¿Qué es eso?

— Anaret y Lota dedicaron un templo al culto de Amón y de la vida. En él está el libro sagrado de nuestro mundo. Y también la pirámide que les trajo por los cielos hasta este planeta.

— ¡La pirámide!—me estremecí—. ¡La nave espacial de hace cuatro mil años!

CAPÍTULO III



I, Tanak — ella sonrió—. Una vieja reliquia que no se mueve ni se moverá nunca más de su pedestal. Una segunda pirámide la rodea la envuelve. Pero esa segunda pirámide es una urna destinada a protegerla de la intemperie, de la acción del tiempo. Mírala ahora...

Señaló un punto de la hermosa ciudad muerta. Miré, lleno de expectación, de excitada curiosidad, casi de pasión.

Allí estaba. Me defraudó su aspecto primitivo, rudimentario, aunque yo debí haber imaginado que sería así. Es más; sabía que tenía que ser así, y no de otro modo.

Una vieja, mohosa y fea pirámide, con la cruz ansata sobre su «fuselaje», se sostenía sobre cuatro esferas oscuras. Estaba colocada

dentro de otra pirámide mayor, a guisa de urna, de material cristalino, transparente.

Todo ello se hallaba, en la terraza más alta de la ciudad, rodeada de jardines casi yertos, de estatuas egipcias de alabastro y de diamante rosado, en un palacete increíblemente bello y estilizado, que formaba el centro geométrico de la ciudad sin vida.

— Allí se practicaba ahora el culto — explicó Lota—. Y allí estaba yo rezando mis oraciones de cada mañana, cuando una absurda y tonta idea me asaltó. No es profanación, pero sí es una infracción a nuestra Ley, subir a la terraza y abrir la pirámide de cristal. Yo lo hice, entré... La puerta se cerró tras de mí, casualmente. No me volví a abrirla. Contemplé la pirámide, la vieja pirámide que dicen navegó por los cielos, y toqué con mis dedos la cruz ansata.

Tembló. En sus ojos se pintó el pánico.

— Y entonces surgió la nube azul, en las afueras de la ciudad — siguió diciendo, roncamente—. Lo envolvió todo en segundos. No hubo gritos, ni ruidos, ni carreras. Apaciblemente, todos se quedaron donde estaban. Se hizo el silencio, un silencio que casi producía dolor. Y cuando la nube azul se perdió en la distancia y yo salí a la calle, nada sucedió. No me afectó lo ocurrido, no advertí nada extraño ni tóxico en el ambiente.

— Parece obra de magia, Lota.

— Magia...—ella se estremeció—. Sí, es lo qué dijeron muchos, cuando Rahmal lo predijo.

— ¿Rahmal? — fruncí el ceño —. ¿Quién era?

— El más inteligente investigador del espacio que existía en Isis. Un gran conocedor del cielo y sus misterios. Astrónomo, científico y matemático de gran inteligencia y autoridad. Él aseguraba que podía emitir señales a otros mundos, televisar imágenes nuestras, que fuesen captadas por ingenios de otros planetas. Incluso hizo pruebas.

— Pruebas...— me mordí el labio inferior, tenso—. Sí, las hizo. En la Tierra recibimos su señal: una cruz ansata.

— ¡Sí! — Lota me miró, sorprendido —. ¡Fue obra de Rahmal! ¡Él aseguró que habían llegado a otros mundos, que incluso le contestaban con ondas que él llamaba «electrónicas»!

— Era cierto también, Lota. Rahmal sabía mucho, a lo que veo. — Estudié a la joven, intrigado—. ¿Y dices que él predijo la existencia de un viento azul mortífero?

— ¡Sí, sí! Dijo que había observado la presencia de un polvo cósmico mortal, de color azul. Si caía sobre Isis, aniquilaría la vida en el planeta. Pero nadie le creyó demasiado. Muchos aseguraban que era más un mago, un hechicero, que un científico. Otros afirmaban que

era capaz de mentir toda su vida por embaucar a la gente y ser respetado y temido.

— ¿Eso era cierto?

— No sé. Rahmal nunca habló mucho con nadie. Sólo sé que afirmaba que la historia de Anaret y Lota, su libro de la vida y esa vieja pirámide, eran paparruchas sin sentido. Que sólo él poseía la verdad.

— Suena realmente a embaucador. O a loco. Pero no se le puede discutir su inteligencia. Captó las ondas terrestres, devolvió unas ondas, con una imagen concreta... — De repente, tomé una decisión—. Acaso llegó a más, Lota. Me gustaría visitar su vivienda. ¿Dónde se hallaba en vida ese sabio?

— Allá, en la loma — señaló el final de la ciudad, donde ésta hacía rampa, elevándose hasta una especie de promontorio de diamantina dureza—. Le gustaba vivir alto. Decían muchos que era por sentirse superior a los demás.

— Ahora ya no es superior a nadie — comenté entre dientes—. Sólo es un muerto, como todos.

Lota me miró, como si la idea le viniese de nuevas. Echamos a andar sin hablar más. Cruzamos la ciudad muerta, sus calles, jardines, avenidas y plazas, auténtico alarde de belleza arquitectónica y ornamental, en un estilo nuevo y distinto a todos. Con sus gentes como muñecos de una gigantesca población de juguete. Con su aire frígido de tumba hermosa, superior al sueño del más ambicioso faraón.

Así llegamos al palacete de Rahmal. Vi una curiosa estatua a la entrada de su jardín. Una estatua igual, repetida a ambos lados del acceso. La figura de un hombre alto, enjuto, de barba puntiaguda, similar a la postiza de un faraón, en su máscara funeraria. El rostro, anguloso, largo, hierático, impresionaba, tallado en la piedra rosada.

— No conozco esa divinidad — dije, señalando la doble efigie.

Lota negó con la cabeza, como impresionada por la presencia repetida de la figura.

— No es una divinidad. Ése era Rahmal.

Silbé entre dientes. Un ególatra, un soñador de grandeza y de poder, realmente asombroso. Quizá la gente tenía razón. Pero, además de ególatra, había sido inteligente y capaz, no cabía duda.

Entramos en el vasto recinto de su vivienda. Al fondo de una avenida flanqueada de bustos en piedra de diversos colores, cuyo rostro, monótono y obsesivo, era siempre el flaco y sumido de Rahmal, el astrónomo de Isis, encontramos el edificio central o residencia del sabio.

Tenía las puertas abiertas. Todo estaba desolado, silencioso, como en el resto de la ciudad. Dos sirvientes, con túnicas azules, permanecían rígidos en el gran vestíbulo de marmóreo suelo negro. Dos muertos más, en la gran necrópolis urbana.

Lota, como asustada, se aferraba con fuerza a mi brazo. Era curioso, pero comprendía su miedo. Ella, que no había temido la convivencia con miles de cadáveres apacibles, tenía miedo bajo el techo de aquella casa. Casi, casi... yo también.

Salvamos otras dependencias, todas amplias, todas dé vivo color, suntuosas... y repletas de efigies, de cuadros, de estatuas del ególatra Rahmal. Había otra servidumbre muerta. Incluso una hermosa mujer, de escaso ropaje, tendida en un diván de fibras mullidas, frente a un hermoso jardín, ahora seco y frío.

—Rahmal tenía buen gusto para sus amistades femeninas— declaré, algo cínicamente.

Lota no contestó. Parecía preocupada por algo, pensando fija, obsesivamente, en alguna cosa que yo no alcanzaba a advertir.

Llegamos a una rampa descendente. En signos dorados, un antiguo jeroglífico egipcio, trazado artísticamente con diamante, rezaba:

«Paso prohibido.»

— Es el santuario, el pabellón de estudios de Rahmal — susurró Lota, casi con miedo.

Asentí. Lo había imaginado así. Miré en torno. Descendimos luego la rampa, sobre la superficie tersa, diáfana, que reflejaba nuestras figuras.

Llegamos a un sótano amplio y hermoso, dotado de un ingenioso sistema de espejos para recibir la luz del exterior. Había telescopios, instrumentos de precisión, de estudio, libros, papeles, escritos, diseños, confusión absoluta. Y, de modo incongruente, una singular urna de cristal en un extremo. Una urna orbicular, cerrada herméticamente. Acaso Rahmal la utilizaba para sus experimentos porque, dentro de la urna, descubrí un par de palancas, una de mangó rojo y otro azul, sobresaliendo de uno de los muros cristalinos, donde aparecía adosado, en su parte exterior, una especie- de caja o anexo de material metálico.

Observé, pensativo.

Quizá desde ahí lanzaba radiaciones espaciales

Comencé a estudiar papeles, libros, anotaciones.

Luego, me aproximé a la urna. Probé su cierre. Cedió. Entré en la urna, ante la mirada medrosa de Lota. Hurgué en los instrumentos. Pulsé ambas palancas, comenzando por la roja. No ocurrió nada, y las

dejé como habían quedado. Después de todo, nadie me reñiría por curiosear. No había quién pudiera hacerlo.

Seguí husmeando por todas partes. Nuevos apuntes, nuevos libros manuscritos... De uno de ellos, cayó una hoja escrita. Me incliné a recogerla. Cuando la tomé, leí algunos de los apuntes, en un egipcio comprensible para mí, pese a sus giros extraños y exóticos:

— «Nueva Energía... Propulsores inferiores... Combustión por contacto con el calor... Envoltura magnética de la energía, que protege la nave piramidal de fricciones y gravitaciones extrañas...» — Alcé la cabeza, sorprendido—. Lota, qué raros apuntes para un hombre que no creía en la Nueva Energía y afirmaba que era una patraña.

Lota no me había oído. Pensativa, estaba con la vista fija en la urna de cristal. Luego, había clavado sus ojos en un busto de piedra de Rahmal, que nos contemplaba hierático desde una hornacina de mármol, en el muro.

Y, de repente, habló, interrumpiendo mis palabras, que ni siquiera había escuchado:

— Tanak, es raro... Es raro que no esté el cadáver de Rahmal en ninguna parte.

Yo iba a repetir lo que había dicho poco antes sobre aquellas notas, cuando de repente me puse rígido. Miré a Lota como fascinado. Algo danzó por mi mente. Excitado, mascullé:

— ¿Qué has dicho? ¿Es que no has visto nunca el cuerpo de Rahmal en la ciudad?

— No — negó Lota—. Nunca. Creí... creí que estaría en su casa. Pero aquí no hay nada.

Estaba sintiendo que la cabeza me daba vueltas. Había otros apuntes con los relativos a la nueva energía. Y, al posar en ellos mis ojos, algo parecido a un escalofrío de horror me sacudió. Leí, con un grito:

— ¡Escucha esto, Lota! — farfullé —. ¡«Viento azul, de partículas cósmicas paralizantes del ser humano y sus funciones, provoca la muerte real, sin dolor ni «shock» alguno... Fórmula de las partículas, y velocidad del mecanismo propulsor...»! ¡Lola, esto... esto demuestra que el viento azul que aniquiló a la ciudad, no era natural! ¡Rahmal creó ese viento mortal para acabar con todos!

— ¡Cielos, no! —- Muy pálida, Lota aferró mis brazos—. ¿Por qué había de hacerlo? ¿Por qué? ¿Era también su muerte!

— ¡No! ¡La suya, no! — señalé la urna—. ¡Mira eso, Lota! ¡Una urna para protegerse mientras hacía funcionar la nube azul de muerte!

— Amón, señor mío...—jadeó Lota—. Eso... eso, ¿puede ser cierto?

— Es cierto — grité roncamente—. Aquí están las pruebas! ¡Por eso lo predijo, por eso no hallaste su cadáver! ¡No ha muerto! ¡Vive... y quizá se oculta... o se marchó ya de este planeta!

— Pero, Tanak, él era rico, admirado... ¿Por qué había de hacer tal cosa?

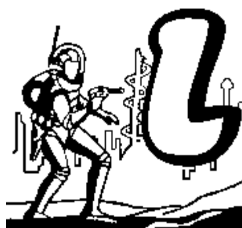
— Una forma de locura, Lota. La más terrible: la egolatría, el delirio de grandezas, la sed de poder. Soñó con destruir... quizá para apropiarse de todas las riquezas inmensas de este lugar. Para demostrar su poder, su fuerza. Y quizá, luego... ¡Quizá luego partió hacia la Tierra, donde sabía que habían recogido sus señales, para allí aparecer como un superhombre, con riquezas que allí le harán poderoso y temido!

— Pero, Tanak, ¿cómo podría Rahmal huir de aquí? Sólo existe la pirámide. La vieja pirámide de la leyenda.

— La vieja pirámide... — silabeé—. Y la Nueva Energía... que quizá se conserva en sus propulsores. Acaso Rahmal perfeccionó secretamente durante estos días ese vehículo del espacio... ¡Acaso todavía está aquí! ¡Vamos, Lota, hay que averiguarlo en seguida!

La tomé por una mano y eché a correr desesperadamente.

CAPÍTULO IV



AS estatuas de Rahma nos precedían, nos escoltaban burlonas, trágicas, siniestras. Aquel rostro era el de un loco. Como lo era su afán de reproducirse por doquier. Como lo había sido su idea atroz de aniquilar a toda una raza para sobrevivir él solo y buscar la gloria en otros mundos donde sabía que que existían seres humanos.

Sí. Rahmal había sido muy inteligente. Y fríamente perverso, maligno, demoníaco también.

Yo veía ahora claro. Sabía con qué clase de ser estábamos luchando. Rahmel había necesitado días para ir arreglando la pirámide mítica, sin duda. No poseían naves del espacio en Isis. Y él no debía ser capaz de construir una.

Pero sin duda sabía que en los reactores de la pirámide ancestral aún había energía. Había estudiado exhaustivamente la materia creada por Zoxor miles de años antes, y sin duda estaba seguro de que la energía sobrante del viaje espacial se conservaba indefinidamente y de que volvería a funcionar bajo los efectos del calor.

Eso era lo que había que comprobar ahora. Y si era cierto, si ganábamos por, la mano a Rahmal, todavía había, incluso, una oportunidad para huir de Isis, para volver a la Tierra... Una oportunidad para dos. Si vencíamos, Rahmal se quedaría a hacer

compañía a sus muertos, a las víctimas de su diabólico plan. Si perdíamos... sería el fin. Pero eso ya lo dábamos por seguro. Nada se perdía con luchar, con intentarlo todo.

Corrimos desesperadamente, alcanzamos el templete del culto de Anaret y su pirámide de la vida. Salvamos la gran escalinata ascendente, larga y marmórea, veteada de rosada piedra y de diamantes, hacia la cima, hacia la terraza superior, donde se erguía la pirámide remota, en su urna piramidal de cristal hermético.

Lancé un grito ronco cuando alcanzamos la cima, y detuve en seco a Lota. Le señalé, con horror, la pirámide de cristal que contenía la otra pirámide.

— ¡Demasiado tarde!—grité, rota la voz—. ¡Rahmal ha vencido!

Lota supo, como yo, que eso era cierto.

Y con ello, se había perdido todo. Incluso la vida.

Allí estaba él. El grande, el poderoso, el perverso Rahmal.

En su mano tenía una varilla metálica, de punta incandescente, con la que tocaba las esferas agujereadas de la nave. Rahmal giró hacia nosotros su rostro, al oirnos correr escaleras arriba.

— ¡Atrás! — aulló, con voz potente. Su rostro magro, huesudo y febril, era el mismo de las estatuas. Sus ajos rojizos llameaban, malignos. Agitó una mano huesuda,, mientras con la otra accionaba la varilla candente—. ¡Atrás, malditos! ¡Rahmal os prohibe que avancéis! ¡Estáis muertos! ¡Muertos como todos! ¡Pronto estaréis inmóviles como todos ellos! ¡ Es vuestro fin! ¡Sólo yo he de partir! ¡Yo, con mi fortuna en diamantes negros y azules, para otros planetas donde seré temido y admirado! ¡Yo, Rahmal, triunfaré dondequiera que vaya! ¡Seré el más poderoso e inteligente!

Era un vesánico, un loco terrible. Pero tenía los triunfos en su mano. Corrí hacia él, convencido de la esterilidad de mis esfuerzos. El milagro de llegar a Isis sano y salvo, el milagro de presentir la verdad del pasado, el milagro de encontrar a Lota con vida... todo era inútil ya, si aquel ser demoníaco escapaba. Nunca saldríamos de Isis. Nunca...

Rahmal llegó a la última de las esferas de propulsión. Un gas azul brotaba de sus orificios. La pirámide vibraba. Comprendí que la energía actuaba ya. Y que Rahmal habría hallado un nuevo sistema de viajar dentro de la pirámide milenaria, sin cápsulas de muerte aparente y todo aquello. Quizá con una gran dosis de aire comprimido dentro de la pirámide. Las cosas habían adelantado en casi cuatro mil años.

Pero todavía aquella vieja pieza de museo era nuestra última oportunidad. La posibilidad de saltar al vacío, a la vida, a la esperanza.

Rahmal era la fuerza que se interponía entre la pirámide y nosotros. Avancé hacia él tirando de Lota rabiosamente. Rahmal levantó su varilla incandescente. Chisporroteaba al tocar el aire. Era sin duda una potente pila térmica, capaz de abrasar a un hombre por simple contacto.

—¡ Tú lo has querido! — aulló.

Y me tiró la varilla.

Vi venir hacia mí la pieza candente y me tiré de costado, arrastrando a Lota. Rahmal ya corría hacia la pirámide, mientras soltaba una risa larga, demoníaca.

Y, de repente, Lota me gritó:

—¡Mira, Tanak! ¡Mira allá! ¡Vuelve el viento azul!...

Giré la cabeza, estremecido. Era cierto. Una nube azul, densa y huracanada, se movía sobre la ciudad, avanzaba hacia nosotros, procedente del palacete de Rahmal. Éste, de súbito, se había parado y contemplaba aquello con ojos dilatados. Comprendí que mi manipulación en la urna de cristal donde él se protegió durante la acción mortal del viento azul había provocado la aparición de la mortífera nube.

El asombro de ver en libertad de nuevo a su ingenio de muerte paralizó un par de segundos a Rahmal. Lo suficiente para un hombre de mi agilidad.

Salté furiosamente, abalanzándome sobre él. Rahmal, entonces, comprendió su error. Se revolvió, dominando su sorpresa y disponiéndose a luchar conmigo.

— ¡Maldito! ¡Descubriste la forma de crear el viento azul! —-aulló—. ¡Moriréis en seguida, mientras yo me elevo!

— ¡Nunca te elevarás, Rahmal! — rugí, furioso.

Caí sobre él. Rahmal era fuerte, nervudo y resistente, y me recibió con una férrea presa en el cuello. Pugné por zafarme de ella, golpeándole rabiosamente rostro y garganta. Al tiempo, grité:

— iLota,.entra en la nave! ¡Adentro, Lota!

— ¡Nooo! —rugió Rahmal, furioso, revolviéndose y pretendiendo evitar que Lota, ágil y desesperada, penetrase en la pirámide, aprovechando nuestra pugna. Me soltó a medias para frenar a Lota —. ¡No lo lograréis, malditos!

Era lo que yo esperaba. Conecté un golpe fulminante sobre su hígado, otro en su estómago, un tercero en su mentón huesudo.

Saltó atrás y perdió el equilibrio al llegar al borde de la larga escalera. Rodó por ésta, chillando desesperadamente, mientras la nube azul extendía ya su sombra sobre el lugar.

Lota había abierto la pirámide de metal. Corrí tras ella y entramos

en los dos compartimientos interiores. Vi fugazmente las mejoras hechas, por Rahmal. Botones de mando, depósitos de aire comprimido a gran presión…

Rahmal chilló, allá abajo. Cerré previamente la urna de cristal. Antes de cerrar el lado que hacía de puerta de la vieja nave del espacio, vi a Rahmal, bajo el viento azul de su creación, subiendo desesperadamente la escalinata hacia la pirámide.

Se quedó allí. Rígido, quieto. Como una estatua más entre las muchas que de él se hizo modelar. Pasó el viento azul de Isis. Rahmal no se movió. No se movería jamás…

Cerré la pirámide y dije suavemente:

— Lota, hasta nuestra llegada… adonde sea.

— Hasta entonces, Tanak —suspiró ella—. Y, si no… hasta la eternidad. Creo que yo también te amaré fácilmente, vayamos a donde vayamos.

No dijo más. No hacía falta tampoco.

Porque, al presionar un resorte rojo, dentro de mi compartimiento, en la angosta nave espacial del pasado, la pirámide milenaria de Zoxor arrancó.

Debió de hender su urna milenaria, saltó al cielo de Saturno, impulsada por aquella fabulosa Nueva Energía… que seguía siendo nueva y maravillosa cuatro mil años después.

Sólo sabía que estábamos ya en el vacío, en el espacio interplanetario. Rumbo a alguna parte definida previamente por el genio maléfico de Rahmal.

Rumbo a la Tierra, si mi teoría era exacta.

Y, hasta entonces, todas se habían cumplido. ¿Por qué no ésta?

* * *

Sí. Lota y yo llegamos a la Tierra.

Por eso escribo este relato. Por eso el mundo empieza a conocer ahora, en el año 2006, la verdad sobre el antiguo Egipto. Una verdad que hasta hoy no se reveló.

La Nueva Energía se agotó esta vez definitivamente. Pero cumplió su cometido. Llevó a dos seres, dándoles la vida, cuarenta siglos atrás.

Y regresó a su viejo mundo con otros dos seres, casi iguales a aquellos otros. Y también para darles la vida.

Lota tenía razón. El pueblo de Isis, allá en Saturno, también. A Dios se llega también apuntando a lo más alto. Como las pirámides.

Lota y yo estamos intentando olvidar. Y lo conseguimos, en realidad.

Quizá porque nuestro presente es demasiado maravilloso para preocuparnos por el pasado. Y el pasado, como el papiro de Tanak, es mejor que quede guardado. Guardado en nuestros corazones...

Ahora, sólo podemos y debemos mirar al futuro, junto con todos los demás.



BEST - SELLERS POLICÍACOS

La intimidad de los hampones, toda la violencia contenida en la vida de aquellos hombres que basan la ley en el hábil manejo del cuchillo y la pistola y cuyas manos no sirven para otra cosa que para matar.

La intriga y la emoción más descamadas en un ambiente de crimen y odio, descrito por las mejores plumas extranjeras, que conocen los hechos más importantes del hampa por haberlos estudiado muy de cerca,

Best-Sellers

De

GUERRA

Los horrores de la guerra en toda su desnudez y violencia, narrados por unos hombres que la vivieron en su doble misión de soIdados y escritores y captaron todos sus matices

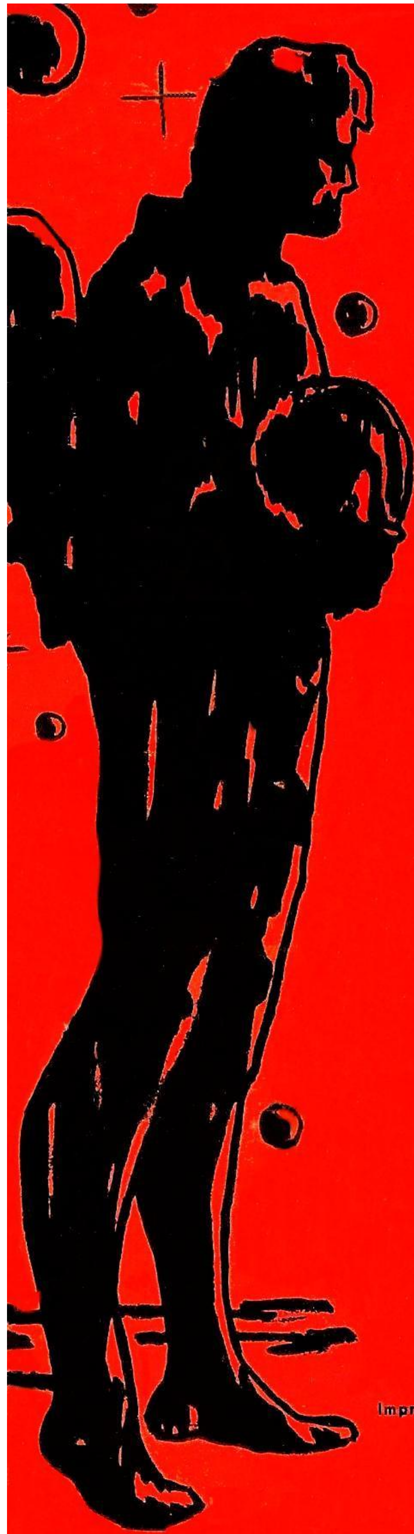
B E S T – S E L L E R S DE G U E R R A

Escenas de escalofriante realismo que harán que viva usted unas horas de emoción e intensidad. Los soldados son seres humanos como usted, con las mismas reacciones y los mismos temores, aunque a veces actúen movidos por el extraño animal que todos llevamos dentro…

Publicación quincenal.

————————————————————Precio 15.

— pesetas.



LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 7 ptas.

Notas

[←1]

Dato de 1963, actualmente (2016) se han encontrado 62 satélites, 47 de ellos menores de 36 kms. de diámetro.